

www.liturgiapapal.org



CELEBRACIONES DE SEMANA SANTA

Textos aprobados por la Conferencia Episcopal Mexicana

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

1. En este día la Iglesia recuerda la entrada de Cristo nuestro Señor a Jerusalén para consumar su Misterio Pascual. Por lo tanto, en todas las misas se conmemora esta entrada del Señor mediante una procesión o una entrada solemne, antes de la Misa principal, y por medio de una entrada sencilla antes de las demás Misas. Pero puede repetirse la entrada solemne (no la procesión), antes de algunas otras Misas que se celebren con gran asistencia del pueblo. Conviene que donde no pueda hacerse ni procesión ni entrada solemne, se tenga una celebración de la Palabra de Dios, sobre la entrada mesiánica y la Pasión del Señor, ya sea el sábado por la tarde o ya sea el domingo a una hora oportuna

Conmemoración de la entrada del Señor en Jerusalén

Primero forma: Procesión

2. A la hora señalada, los fieles se reúnen en una iglesia menor o en otro lugar adecuado, fuera de la iglesia hacia la cual va a dirigirse la procesión. Los fieles llevan sus ramos en las manos.
3. El sacerdote y el diácono, revestidos con las vestiduras rojas requeridas para la Misa, acompañados por los otros ministros, se acercan al lugar donde el pueblo está congregado. El sacerdote, en lugar de casulla, puede usar la capa pluvial, que dejará después de la procesión, y se pondrá la casulla.
4. Entretanto se canta la siguiente antífona u otro cántico adecuado:

Antífona Mt 21, 9

Hosanna al Hijo de David.

Bendito el que viene en nombre del Señor,
el Rey de Israel.

Hosanna en el cielo.

5. Enseguida el sacerdote y los fieles se santiguan mientras el sacerdote dice: “En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Después el sacerdote saluda al pueblo de la manera acostumbrada y hace una breve monición para invitar a los fieles a participar activa y conscientemente en la celebración de este día. Puede hacerlo con éstas o semejantes palabras:

Queridos hermanos:

Después de haber preparado nuestros corazones
desde el principio de la Cuaresma
con nuestra penitencia y nuestras obras de caridad,
hoy nos reunimos para iniciar,
unidos con toda la Iglesia,

la celebración anual del Misterio Pascual, es decir, de la pasión y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, misterios que empezaron con su entrada en Jerusalén, su ciudad.

Por eso, recordando con toda fe y devoción esta entrada salvadora, sigamos al Señor, para que, participando de su cruz, tengamos parte con él en su resurrección y su vida.

6. Después de la monición, el sacerdote, teniendo extendidas las manos, dice una de las dos oraciones siguientes:

Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
santifica con tu ✠ bendición estos ramos,
para que, quienes acompañamos jubilosos a Cristo Rey,
podamos llegar, por él, a la Jerusalén del cielo.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

O bien:

Oremos.

Aumenta, Señor Dios, la fe de los que esperan en ti
y escucha con bondad las súplicas de quienes te invocan,
para que, al presentar hoy nuestros ramos a Cristo victorioso,
demos para ti en él frutos de buenas obras.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

Y, en silencio, rocía los ramos con agua bendita.

7. Enseguida el diácono, o en su ausencia el sacerdote, proclama del modo acostumbrado el Evangelio de la entrada del Señor en Jerusalén, según alguno de los cuatro evangelistas. Si es oportuno se usa el incienso.

Año A:

✠ Lectura del santo Evangelio según san Mateo 21, 1-11

Cuando se aproximaban ya a Jerusalén, al llegar a Betfagé, junto al monte de los Olivos, envió Jesús a dos de sus discípulos, diciéndoles: “Vayan al pueblo que ven allí enfrente; al entrar, encontrarán amarrada una burra y un burrito con ella; desátenlos y tráiganmelos. Si alguien les pregunta algo, díganle que el Señor los necesita y enseguida los devolverá”.

Esto sucedió para que se cumplieran las palabras del profeta: *Díganle a la hija de Sión: He aquí que tu rey viene a ti, apacible y montado en un burro, en un burrito, hijo de animal de yugo.*

Fueron, pues, los discípulos e hicieron lo que Jesús les había encargado y trajeron consigo la burra y el burrito. Luego pusieron sobre ellos sus mantos y Jesús se sentó encima. La gente, muy numerosa, extendía sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de los árboles y las tendían a su paso. Los que iban delante de él y los que lo seguían gritaban: “¡Hosanna! ¡Viva el Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!”

Al entrar Jesús en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió. Unos decían: “¿Quién es éste?” Y la gente respondía: “Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea”

Palabra del Señor.

Año B:

✠ Lectura del santo Evangelio según san Mateo 12, 12-16

Cuando Jesús y los suyos iban de camino a Jerusalén, al llegar a Betfagé y Betania, cerca del monte de los Olivos, les dijo a dos de sus discípulos: “Vayan al pueblo que ven allí enfrente; al entrar, encontrarán amarrado un burro que nadie ha montado todavía.

Desátenlo y tráiganmelo. Si alguien les pregunta por qué lo hacen, contéstenle: ‘El Señor lo necesita y lo devolverá pronto’ ”.

Fueron y encontraron al burro en la calle, atado junto a una puerta, y lo desamarraron. Algunos de los que allí estaban les preguntaron: “¿Por qué sueltan al burro?” Ellos les contestaron lo que había dicho Jesús y ya nadie los molestó.

Llevaron el burro, le echaron encima los mantos y Jesús montó en él. Muchos extendían su manto en el camino, y otros lo tapizaban con ramas cortadas en el campo. Los que iban delante de Jesús y los que lo seguían, iban gritando vivas: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega, el reino de nuestro padre David! ¡Hosanna en el cielo!”

Palabra del Señor.

O bien:

✠ Lectura del santo Evangelio según san Juan 12, 12-16

En aquel tiempo, al enterarse la gran muchedumbre que había llegado para la fiesta, de que Jesús se dirigía a Jerusalén, cortaron hojas de palmera y salieron a su encuentro, gritando: “¡Hosanna!, ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el rey de Israel!”.

Habiendo encontrado Jesús un burrito, lo montó, como está escrito: *No tengas temor, hija de Sión, mira que tu rey viene a ti montado en un burrito.*

Sus discípulos no entendieron estas cosas al principio, pero cuando Jesús fue glorificado, se acordaron de que habían sido escritas acerca de él y que ellos las habían cumplido.

Palabra del Señor.

Año C:

✠ Lectura del santo Evangelio según san Lucas 19, 28-40

En aquel tiempo, Jesús, acompañado de sus discípulos, iba camino de Jerusalén, y al acercarse a Betfagé y a Betania, junto al monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: “Vayan al caserío que está frente a ustedes. Al entrar, encontrarán atado un burrito que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo aquí. Si alguien les pregunta por qué lo desatan, díganle: ‘El Señor lo necesita’”.

Fueron y encontraron todo como el Señor les había dicho. Mientras desataban el burro, los dueños les preguntaron: “¿Por qué lo desamarran?” Ellos contestaron: “El Señor lo necesita”. Se llevaron, pues, el burro, le echaron encima los mantos e hicieron que Jesús montara en él.

Conforme iba avanzando, la gente tapizaba el camino con sus mantos, y cuando ya estaba cerca la bajada del monte de los Olivos, la multitud de discípulos, entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos por todos los prodigios que habían visto, diciendo:

*“¡Bendito el rey
que viene en el nombre del Señor!
¡Paz en el cielo
y gloria en las alturas!”*

Algunos fariseos que iban entre la gente le dijeron: “Maestro, reprende a tus discípulos”. El les replicó: “Les aseguro que si ellos se callan, gritarán las piedras”

Palabra del Señor.

8. Después del evangelio, puede tenerse una breve homilía. Al iniciar la procesión, el celebrante, el diácono u otro ministro idóneo puede hacer una monición con estas palabras u otras parecidas:

Queridos hermanos:

Imitando a la multitud que aclamaba al Señor, avancemos en paz.

9. Y se inicia del modo acostumbrado la procesión hacia la iglesia en donde va a celebrarse la Misa. Si se usa el incienso, el turiferario va adelante con el incensario, en el cual habrá puesto incienso previamente; enseguida, un acólito u otro ministro con la la cruz adornada con ramos, según la costumbre del lugar, en medio de dos ministros con velas encendidas. Sigue luego el diácono con el Evangelionario, el sacerdote con los ministros, y detrás de ellos, los fieles con ramos en las manos. Al avanzar la procesión, el coro y el pueblo entonan los siguientes cánticos u otros apropiados en honor a Cristo Rey.

Antífona I

Los niños hebreos, llevando ramos de olivo, salieron al encuentro del Señor, aclamando: «¡Hosanna en el cielo!»

Esta antífona se puede repetir entre los versículos del salmo 23.

Salmo 23

Del Señor es la tierra y lo que ella tiene,
el orbe todo y los que en él habitan,
pues él lo edificó sobre los mares,
él fue quien lo asentó sobre los ríos.

¿Quién subirá hasta el monte del Señor?
¿Quién podrá entrar en su recinto santo?
El de corazón limpio y manos puras
y que no jura en falso

Ese obtendrá la bendición de Dios
y Dios, su salvador, le hará justicia.
Esta es la clase de hombres que te buscan
y vienen ante ti, Dios de Jacob..

¡Puertas, ábranse de par en par;
agrándense, portones eternos,
porque va a entrar el rey de la gloria!

Y ¿quién es el rey de la gloria?
Es el Señor, fuerte y poderoso,

el Señor, poderoso en la batalla.

¡Puertas, ábranse de par en par;
agrándense, portones eternos,
porque va a entrar el rey de la gloria!

Y ¿quién es el rey de la gloria?
El Señor, Dios de los ejércitos,
es el rey de la gloria.

Antífona II

Los niños hebreos extendían mantos por el camino y aclamaban: «Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor».

Esta antífona se puede repetir entre los versículos del salmo 46.

Salmo 46

Aplaudan, pueblos todos;
aclamen al Señor, de gozo llenos,
que el Señor, el Altísimo, es terrible
y de toda la tierra, rey supremo.

Fue él quien. nos puso por encima
de todas las naciones y los pueblos,
al elegirnos como herencia suya,
orgullo de Jacob, su predilecto.

Entre voces de júbilo y trompetas,
Dios, el Señor, asciende hasta su trono.
Cantemos en honor de nuestro Dios,
al rey honremos y cantemos todos.

Porque Dios es el rey del universo,
cantemos el mejor de nuestros cantos.
Reina Dios sobre todas las naciones
desde su trono santo.

Los jefes de los pueblos se han reunido
con el pueblo de Dios, Dios de Abraham,
porque de Dios son los grandes de la tierra.

Por encima de todo Dios está.

Himno a Cristo Rey

Coro:

Gloria, alabanza y honor, a ti Cristo Rey, redentor;
a quien infantil cortejo entonó piadoso Hosanna.

Todos repiten:

Gloria, alabanza y honor...

Coro:

Tú eres el rey de Israel, prole ínclita de David,
rey bendito, que vienes en nombre del Señor.

Todos repiten:

Gloria, alabanza y honor...

Coro:

Toda la corte celestial te alaba en las alturas,
y el hombre mortal, con todas las creaturas.

Todos repiten:

Gloria, alabanza y honor...

Coro:

El pueblo hebreo salió con palmas a tu encuentro;
nosotros con preces, votos e himnos venimos a ti.

Todos repiten:

Gloria, alabanza y honor...

Coro:

Aquellos cuando ibas a padecer te tributaban loores;
nosotros ahora que reinas, te ofrecemos nuestro canto.

Todos repiten:

Gloria, alabanza y honor...

Coro:

Aquellos te agradaron, que te agrade también nuestra devoción:
¡Rey bueno, rey clemente, a quien agrada todo lo bueno!

Todos repiten:

Gloria, alabanza y honor...

10. Al entrar la procesión en la iglesia se canta el siguiente responsorio u otro cántico que haga alusión a la entrada del Señor en Jersualén:

R. Al entrar el Señor en la ciudad santa, los niños hebreos, anunciando con anticipación la resurrección del Señor de la vida, con palmas en las manos, aclamaban: Hosanna en el cielo

V. Al enterarse de que Jesús llegaba a Jerusalén, el pueblo salió a su encuentro.

R. Con palmas en las manos, aclamaban: Hosanna en el cielo.

11. El sacerdote, al llegar al altar, hace la debida reverencia y, si lo juzga oportuno, lo inciensa. Luego, se dirige a la sede donde se quita la capa pluvial, si la usó, y se pone la casulla y, omitidos los demás ritos iniciales de la Misa, incluso el Señor, ten piedad, si es oportuno, dice la oración colecta y prosigue la Misa de la manera acostumbrada.

Segunda forma: Entrada solemne

12. Cuando no es posible hacer la procesión fuera de la iglesia, la entrada del Señor se celebra dentro de la iglesia, por medio de una entrada solemne antes de la misa principal.

13. Los fieles se reúnen o en la puerta de la iglesia o en la misma iglesia, teniendo los ramos en la mano. El sacerdote, los ministros y una representación de los fieles se dirigen a un lugar apto de la iglesia –fuera del presbiterio– donde por lo menos la mayor parte de los fieles pueda ver el rito.

14. Mientras el sacerdote se dirige al lugar indicado, se canta la antifona Hosanna al Hijo de David (n. 4) u otro canto adecuado. En este lugar se bendicen los ramos y se proclama el evangelio de la entrada del Señor en Jerusalén, como se ha indicado más arriba (núms. 5-7). Después del evangelio, el sacerdote con los ministros y unos cuantos fieles se dirigen al presbiterio, haciendo una procesión solemne por la nave de la iglesia; mientras se canta el responsorio Al entrar el Señor (n. 10), u otro canto apto.

15. Cuando se ha llegado al altar, el sacerdote lo venera, después va a la sede, y, omitiendo los demás ritos, dice la oración colecta de la misa. Dicha esta oración, la misa continúa como de costumbre.

Tercera forma: Entrada sencilla

16. En las restantes misas de este domingo en las que no se hace la entrada solemne, se hace memoria de la entrada del Señor en Jerusalén por medio de una entrada simple.

17. Mientras el sacerdote se dirige al altar, se canta la antifona de entrada con el salmo (n. 18), u otro canto que haga alusión a la entrada del Señor. El sacerdote, después que ha llegado al

altar, lo venera, se dirige a la sede y saluda al pueblo. Después de hacer el signo de la cruz, saluda al pueblo. Luego, la Misa continúa como de costumbre.

En las misas sin pueblo y en las otras misas en las que no es posible cantar una antífona de entrada, el sacerdote, inmediatamente después de haber llegado al altar y haberlo venerado, saluda al pueblo, lee la antífona de entrada y prosigue la misa como de costumbre.

18. Antífona de entrada Cfr. Jn 12, 1. 12-13; Sal 23, 9-10

Seis días antes de la solemnidad de la Pascua, cuando el Señor entró a la ciudad de Jerusalén, salieron los niños a su encuentro, y llevando en sus manos ramos de palmera, aclamaban con fuerte voz:

Hosanna en el cielo.
Bendito tú, que vienes
lleno de bondad y de misericordia.

¡Puertas, ábranse de par en par;
agrándense, portones eternos,
porque va a entrar el rey de la gloria!
Y ¿quién es el rey de la gloria?
El Señor de los ejércitos,
es el rey de la gloria.
Hosanna en el cielo.
Bendito tú, que vienes
lleno de bondad y de misericordia.

Misa

19. Después de la procesión o de la entrada solemne, el sacerdote comienza la misa con la oración colecta.

20. Oración colecta

Dios todopoderoso y eterno,
que quisiste que nuestro Salvador
se hiciera hombre y padeciera en la cruz
para dar al género humano ejemplo de humildad,
concédenos, benigno, seguir las enseñanzas de su pasión
y que merezcamos participar de su gloriosa resurrección.

Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

21. Para la lectura de la Pasión del Señor no se llevan ni cirios ni incienso, ni se hace al principio el saludo habitual, ni se signa el libro. Esta lectura la proclama un diácono o, en su defecto, el sacerdote. Puede también ser proclamada por lectores laicos, reservando, si es posible, al sacerdote la parte correspondiente a Cristo. Si los lectores de la Pasión son diáconos, piden, como de costumbre, la bendición del celebrante antes de empezar la lectura; pero si los lectores no son diáconos se omite esta bendición.

22. Después de la lectura de la Pasión es oportuno hacer una breve homilía. También se puede guardar un momento de silencio.

Se dice el Credo y se hace la oración universal.

23. Oración sobre las ofrendas

Que la pasión de tu Unigénito, Señor,
nos atraiga tu perdón,
y aunque no lo merecemos por nuestras obras,
por la mediación de este sacrificio único,
lo recibamos de tu misericordia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

24. Prefacio: La Pasión del Señor

V/. El Señor está con vosotros. R/. Y con tu espíritu.

V/. Levantemos el corazón. R/. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V/. Demos gracias al Señor, nuestro Dios. R/. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre Santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.
El cual, siendo inocente,
se dignó padecer por los pecadores,
y fue injustamente condenado
por salvar a los culpables;

con su muerte borró nuestros delitos
y, resucitando, conquistó nuestra justificación.
Por eso, te alabamos con todos los ángeles
y te aclamamos con voces de júbilo, diciendo:

Santo, Santo, Santo...

25. Antífona de comunión Mt 26, 42

Padre mío,
si no es posible evitar que yo beba este cáliz,
hágase tu voluntad.

26. Oración después de la comunión

Tú que nos has alimentado con esta Eucaristía,
y por medio de la muerte de tu Hijo
nos das la esperanza de alcanzar
lo que la fe nos promete,
concédenos, Señor, llegar,
por medio de su resurrección,
a la meta de nuestras esperanzas.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

27. Oración sobre el pueblo

Dios y Padre nuestro,
mira con bondad a esta familia tuya,
por la cual nuestro Señor Jesucristo
no dudó en entregarse a sus verdugos
y padecer el tormento de la cruz.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

JUEVES SANTO

Según una antiquísima tradición, en este día se prohíben todas las Misas sin participación del pueblo.

Misa crismal

1. Esta Misa sólo la preside el obispo.

El obispo ha de ser tenido como el gran sacerdote de su grey, del cual se deriva y depende, en cierto modo, la vida de sus fieles en Cristo.

La Misa crismal, que concelebra con los presbíteros provenientes de las distintas regiones de la diócesis y en la que consagra el santo Crisma y bendice los demás óleos, debe tenerse como una de las principales manifestaciones de la plenitud sacerdotal del obispo y como un signo de la unión de los presbíteros con él. Con el Crisma consagrado por el obispo son ungidos los nuevos bautizados y son signados los que reciben la Confirmación. Con el óleo de los catecúmenos, ellos se preparan y disponen para el Bautismo. Con el óleo de los enfermos, éstos son aliviados en sus enfermedades.

2. La liturgia cristiana aceptó el uso del Antiguo Testamento, en el que eran ungidos con el óleo de la consagración los reyes, los sacerdotes y los profetas, ya que ellos prefiguraban a Cristo, cuyo nombre significa “el Ungido del Señor”.

Del mismo modo, se significa con el santo Crisma que los cristianos, injertados por el Bautismo en el Misterio Pascual de Cristo, han muerto, han sido sepultados y resucitados con él, participando de su sacerdocio real y profético, y recibiendo por la Confirmación la unción del Espíritu Santo que se les da.

Con el óleo de los catecúmenos se extiende el efecto de los exorcismos, pues los bautizados reciben la fuerza para que puedan renunciar al demonio y al pecado, antes de que se acerquen y renazcan de la fuente de la vida.

El óleo de los enfermos, cuyo uso atestigua Santiago, remedia las dolencias del alma y cuerpo de los enfermos, para que puedan soportar y vencer con fortaleza el mal y conseguir el perdón de los pecados.

3. La materia apta del sacramento es el óleo de las olivas o, eventualmente, otro aceite vegetal.

4. El crisma se hace con óleo y aromas o esencias aromáticas.

5. El obispo puede preparar el Crisma privadamente antes de su consagración o bien dentro de la misma acción litúrgica.

6. La consagración del Crisma es competencia exclusiva del obispo.

7. El óleo de los catecúmenos es bendecido por el obispo, juntamente con los otros óleos en la Misa Crismal.

Sin embargo, la facultad de bendecir el óleo de los catecúmenos se concede a los sacerdotes cuando en el bautismo de adultos deben hacer la unción en la correspondiente etapa del catecumenado.

8. El óleo para la Unción de enfermos debe estar bendecido por el obispo o por un sacerdote que por derecho propio o por peculiar concesión de la Santa Sede goce de esta facultad.

Por derecho propio pueden bendecir el óleo de los enfermos:

- a) Quienes en el derecho, se equipara al obispo diocesano.
- b) Cualquier sacerdote, en caso de verdadera necesidad.

9. La bendición del óleo de los enfermos y del óleo de los catecúmenos, y la consagración del Crisma, corresponden al obispo, según aparece en el Ordo del Pontifical Romano, habitualmente el día de hoy, en una Misa propia que se celebra en las horas de la mañana.

10. Si este día es muy difícil que el clero y el pueblo se puedan congregarse con el obispo, la Misa crismal se puede anticipar a otro día, que, de todas maneras, debe ser cercano a la Pascua y utilizando siempre la misa propia.

11. Conforme a la Tradición Romana, la bendición del óleo de los enfermos se hace antes de terminar la Plegaria eucarística, mientras que la bendición del óleo de los catecúmenos y la consagración del Crisma se hacen después de la Comunión.

12. Sin embargo, por razones pastorales, se permite realizar todo el rito de la bendición después de la liturgia de la palabra, observando el ritual que se describe más adelante.

13. La Misa crismal ha de ser siempre concelebrada. Conviene, pues, que entre los presbíteros que concelebran la Misa con el obispo y son testigos suyos y cooperadores en el ministerio del santo Crisma, se encuentren sacerdotes de las diferentes regiones de la diócesis.

14. La preparación del obispo, de los concelebrantes y de los otros ministros, su entrada en la iglesia y todo lo que hacen desde el comienzo de la Misa hasta el final de la liturgia de la Palabra, se realiza como en las Misas concelebradas. Los diáconos que toman parte en la bendición de los óleos, se dirigen al altar delante de los presbíteros concelebrantes.

15. En esta misa no se dice Credo.

16. La oración de los fieles tiene formulario propio y está incluida en la renovación de las promesas sacerdotales.

17. Quienes comulgan en esta Misa pueden volver a comulgar en la Misa vespertina.

Elementos que hay que preparar

Para la bendición de los óleos, además de lo necesario para la Misa, debe prepararse:

En la sacristía o en otro lugar apropiado:

—Las ánforas de los óleos;

—Aromas para hacer el Crisma cuando el obispo desea hacer la mezcla dentro de la acción litúrgica.

—Pan, vino y agua para la Misa, que son llevados juntamente con los óleos antes de la preparación de los dones, cuando la bendición de los óleos se hace siguiendo la Tradición Romana.

En el presbiterio:

—Una mesa para colocar las ánforas de los óleos, dispuesta de tal manera que el pueblo pueda ver y participar bien en toda la acción litúrgica;

—La sede para el obispo, si la bendición se hace ante el altar.

Celebración eucarística y bendición de los óleos

18. ANTÍFONA DE ENTRADA

Ap 1,

6

Jesucristo ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes
para su Dios y Padre.

A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Se dice Gloria.

19. ORACIÓN COLECTA

Dios y Padre nuestro,

que ungieste a tu Unigénito con el Espíritu Santo,

y lo constituiste Cristo y Señor;

concede a quienes participamos ya de su consagración
que seamos en el mundo testigos de su obra redentora.

Por nuestro Señor Jesucristo.

20. Después de la lectura del Evangelio el obispo tiene la homilía, en la cual, basándose en los textos que se leyeron en la liturgia de la Palabra, habla al pueblo y a sus presbíteros acerca de la unción sacerdotal, exhortando a los presbíteros a conservar la fidelidad en su ministerio e invitándolos a renovar públicamente sus promesas sacerdotales.

Renovación de las promesas sacerdotales

21. Terminada la homilía, el obispo, sentado, se dirige a los presbíteros, con estas palabras u otras semejantes:

El obispo:

Amados hijos: al celebrar hoy la conmemoración anual del día en que Cristo, nuestro Señor, comunicó su sacerdocio a los Apóstoles y a nosotros, ¿quieren ustedes renovar las promesas que hicieron el día de su ordenación, ante su obispo y ante el pueblo santo de Dios?

Los presbíteros responden todos al mismo tiempo:

Sí, quiero.

El obispo:

¿Quieren unirse más íntimamente a nuestro Señor Jesucristo, modelo de nuestro sacerdocio, renunciando a sí mismos y reafirmando los compromisos sagrados que, impulsados por amor a Cristo y para servicio de su Iglesia, hicieron ustedes con alegría el día de su ordenación sacerdotal?

Los presbíteros:

Sí, quiero.

El obispo:

¿Quieren ser fieles dispensadores de los misterios de Dios, por medio de la sagrada Eucaristía y de las demás acciones litúrgicas, y cumplir fielmente con el sagrado oficio de enseñar, a ejemplo de Cristo, Cabeza y Pastor, no movidos por el deseo de los bienes terrenos, sino impulsados solamente por el bien de los hermanos?

Los presbíteros:

Sí, quiero.

Enseguida el obispo, dirigiéndose al pueblo, prosigue:

Y ustedes, queridos hijos, oren por sus sacerdotes; que el Señor derrame abundantemente sobre ellos sus dones celestiales, para que sean fieles ministros de Cristo, Sumo Sacerdote, y los conduzcan a ustedes hacia él, que es la fuente única de salvación.

El pueblo:

Cristo, óyenos; Cristo, escúchanos.

El obispo:

Oren también por mí, para que sea fiel al ministerio apostólico, encomendado a mis débiles fuerzas, y que sea entre ustedes una imagen viva y cada vez más perfecta de Cristo Sacerdote, buen Pastor, Maestro y servidor de todos.

El pueblo:

Cristo, óyenos; Cristo, escúchanos.

El obispo:

El Señor nos conserve en su amor y nos lleve a todos, pastores y ovejas, a la vida eterna.

Todos:

Amén.

22. *No se dice* Credo *ni* Oración de los fieles.

Liturgia de la bendición de los óleos

23. Después de la renovación de las promesas sacerdotales, los diáconos y ministros designados llevan los óleos, o, faltando estos, algunos presbíteros y ministros (junto con los fieles que presentan el pan, el vino y el agua, si es que la bendición de los óleos se hace siguiendo la Tradición Romana) se acercan ordenadamente a la sacristía o al lugar donde están preparados los óleos y las otras ofrendas.

En la procesión que se hace de ese lugar al altar, irán en este orden: precede el ministro que lleva el vaso con aromas (si el obispo mismo quiere preparar el Crisma); sigue otro ministro con el recipiente del óleo de los catecúmenos; luego va otro con el recipiente del óleo de los enfermos; después de éstos, un diácono o un presbítero que lleva el óleo para el Crisma (A éstos siguen quienes llevan el pan, el vino y el agua para la celebración de la Eucaristía, si es que la bendición de los óleos se hace siguiendo la Tradición Romana).

Durante esta procesión por la iglesia, el coro canta el himno *O Redemptor* u otro canto apropiado al cual todos responden. Este canto reemplaza el de la procesión de ofrendas.

O REDÉMPTOR

O Redemptor, sume carmen
temet concinéntium.

Arbor feta alma luce
hoc sacrándum próotulit,
fert hoc prona praesens turba
Salvatóri saéculi.

Consecráre tu dignáre,
Rex perénnis patriae,
hoc olívum sígnum vivum
iura contra daémonum.

Ut novétur sexus omnis
unctione chrísmatis;
ut sanétur sauciáta
dignitatis glória.

Lota mente sacro fonte
aufugántur crímina,
uncta fronte sacrosáncta
influunt charísmata.

Corde natus ex Paréntis,
alvum implens Vírginis,
praesta lucem, claude mortem
chrísmatis consórtibus.

Sit haec dies festa nobis
saeculórum saéculis,
sit sacráta digna laude
nec senéscat témpore.

Cuando la procesión llega al altar o a la sede, el obispo recibe los dones. El diácono que lleva el recipiente para el sagrado Crisma, lo presenta al obispo, y dice en voz alta: Óleo para el santo crisma. El obispo lo recibe y se lo entrega a uno de los diáconos que lo ayudan, quien lo lleva a la mesa preparada para este efecto. De la misma manera proceden quienes llevan las ánforas con el óleo para los enfermos y con el óleo para los catecúmenos. El primero dice: Óleo de los enfermos; el segundo dice: Óleo de los catecúmenos. El obispo los recibe y luego los entrega a los ministros para que los coloquen en la mesa ya preparada.

Terminado lo anterior:

a) Si la bendición se hace íntegramente al finalizar la liturgia de la Palabra, el obispo, acompañado por los concelebrantes, se acerca a la mesa colocada en medio del presbiterio, donde ha de efectuarse la bendición del óleo de los enfermos, del óleo de los catecúmenos y la consagración del Crisma. Y todo se realiza como está indicado más adelante.

b) Si la bendición se imparte según la tradición de la Liturgia Romana (al final de la Plegaria eucarística para la bendición del óleo de los enfermos y la consagración del Crisma), la Misa sigue normalmente tal como se describe en el rito de la concelebración hasta finales de la Plegaria eucarística. Tiene lugar, en el Canon Romano, antes de “Por Cristo, Señor nuestro, por quien sigues creando todos los bienes...”; y en las otras tres Plegarias antes de la doxología: “Por Cristo, con él y en él...”. El diácono encargado lleva el ánfora que contiene el óleo de los enfermos cerca del altar y la sostiene delante del obispo, mientras éste dice la oración de bendición. Terminada la bendición, el ánfora con el óleo de los enfermos se lleva de nuevo a su lugar, y la Misa prosigue como de costumbre hasta después de la oración poscomunión. Terminada ésta, el obispo, teniendo a ambos lados suyos a los presbíteros concelebrantes, que forman un semicírculo, y a los otros ministros detrás de él, procede a la bendición del óleo de los catecúmenos y a la consagración del Crisma. Después se tienen los ritos de conclusión, como de costumbre.

Bendición del óleo de los enfermos

24. Estando todo dispuesto, el obispo, de pie, sin mitra, y de cara al pueblo, con las manos extendidas, dice la siguiente oración:

Dios nuestro, Padre de todo consuelo,
 que, por medio de tu Hijo
 quisiste curar las dolencias de los enfermos,
 atiende benignamente la oración que brota de nuestra fe
 y envía desde el cielo tu Santo Espíritu Santo Consolador
 sobre este aceite fecundo,
 que quisiste que un árbol vigoroso ofreciera
 para alivio de nuestro cuerpo;
 de manera que, por tu santa ✠ bendición,
 se convierta, para todo el que sea ungido con él,
 en protección del cuerpo, del alma y del espíritu,
 sientan en cuerpo y alma tu divina protección
 para quitar todo dolor, toda debilidad
 y toda enfermedad.
 Que sea para nosotros óleo santo,
 bendecido por ti, Padre,
 en nombre de Jesucristo Señor nuestro.
 Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.
R. Amén.

La conclusión que vive y reina se dice solamente cuando la bendición se hace fuera de la Plegaria eucarística.

Bendición del óleo de los catecúmenos

25. Terminada la bendición del óleo de los enfermos, el obispo bendice el óleo de los catecúmenos con la siguiente oración:

Dios nuestro, fuerza y protección de tu pueblo,
 Que hiciste del aceite un signo de fortaleza,
 dignate bendecir ✠ este óleo,
 y fortalece a los catecúmenos que con él serán ungidos,
 para que, al recibir la fuerza y la sabiduría de Dios,
 comprendan más profundamente el Evangelio de Cristo,
 afronten animosamente las exigencias de la vida cristiana
 y, hechos dignos de la adopción filial,
 sientan la alegría de renacer y vivir en tu Iglesia.
 Por Jesucristo, nuestro Señor.
 R. Amén.

Consagración del crisma

26. Enseguida el obispo, en silencio, derrama el perfume en el óleo y elabora el Crisma, a no ser que haya sido preparado antes.

Terminado esto, el obispo exhorta al pueblo a orar, diciendo:

Hermanos muy queridos: pidamos a Dios Padre todopoderoso, que bendiga y santifique este Crisma para que cuantos sean ungidos externamente con él, también reciban esta unción interiormente y los haga dignos de la divina redención.

Entonces el obispo, si lo considera conveniente, sopla sobre el ánfora del Crisma y, con las manos extendidas, pronuncia una de los dos oraciones de consecratorias.

I

Dios nuestro, autor de todo crecimiento y progreso espiritual,
 acepta complacido el homenaje de acción de gracias
 que, por nuestra voz, te presenta, gozosa, la Iglesia.

Pues, al principio del mundo, tu hiciste brotar de la tierra
 árboles que dieran fruto

y que, de entre ellos, surgiera el olivo
cuyo suavísimo aceite habría de servir para el santo Crisma.

Ya David, presintiendo con espíritu profético
los sacramentos que tu gracia,
anunció que nuestros rostros habrían de quedar ungidos
con aceite en señal de alegría;
y cuando, en tiempos pasados,
fueron purificados los pecados del mundo por el diluvio,
con una rama de olivo, signo de la gracia futura,
la paloma mostró que había vuelto la paz a la tierra.

Lo cual está significado en el tiempo presente
cuando, ya borradas las culpas de todos los delitos
por las aguas bautismales,
la unción con este aceite
llena nuestros rostros de alegría y de paz.

También mandaste a Moisés, tu servidor,
que su hermano Aarón una vez purificado con agua,
lo consagrara sacerdote, ungiéndolo con este aceite.

A todo lo cual se le añadió un honor más alto
cuando tu Hijo, Jesucristo, Señor nuestro,
le exigió a Juan que lo bautizara
en las aguas del Jordán.
Porque entonces, al enviar sobre Él
el Espíritu Santo en forma de paloma,
y con el testimonio de tu voz,
declaraste tener, en tu Unigénito, toda tu complacencia.

Y así pusiste de manifiesto que en Él se cumplía
lo que David había profetizado
al cantar en el salmo que tu Hijo sería ungido
con el óleo de la alegría, entre todos sus compañeros.

Todos los concelebrantes, en silencio, extienden la mano derecha hacia el Crisma, y la mantienen así hasta el final de la oración.

Te suplicamos, Señor,
que santifiques con tu bendición ✠ este óleo fecundo
y que infundas en él la fuerza de tu Espíritu Santo,
junto con el poder de Cristo,
de quien el santo Crisma toma su nombre
y con el cual ungiste a tus sacerdotes y reyes,
y a tus profetas y mártires.

Haz que este Crisma
sea sacramento de vida y perfecta salvación
en favor de quienes nacerán espiritualmente
del agua bautismal,
a fin de que santificados por esta unción,
y borrada la mancha original,
se hagan templo de tu gloria
y exhalen la fragancia de una vida agradable a ti,
para que así,
conforme a la eficacia de tu sacramento,
habiéndoles conseguido la dignidad real, sacerdotal y profética,
sean revestidos con el don incorruptible.

Que de esta manera sea Crisma de salvación
para aquellos que hayan renacido
del agua y del Espíritu Santo,
y los haga participes de la vida eterna
y herederos de la gloria celestial.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
R. Amén.

O bien esta oración:

II

Dios nuestro,
autor de los sacramentos y dador espléndido de la vida
te damos gracias por tu inefable bondad
al haber prefigurado en la Antigua Alianza
el misterio del aceite que santifica,
y haberlo hecho patente de modo especial
en tu Hijo amado
cuando llegó la plenitud de los tiempos.

En efecto, cuando tu Hijo, nuestro Señor,
Redimió al género humano
por el misterio de la Pascua,
llenó a tu Iglesia en plenitud con el Espíritu Santo
y la dotó admirablemente de dones celestiales,
para que, por su medio,
se llevara a cabo plenamente en el mundo
por medio de la Iglesia,
la obra de la salvación.

Desde entonces, mediante este santo misterio del Crisma
De tal forma repartes a los hombres las riquezas de tu gracia
Que así tus hijos, renacidos en el baño bautismal,
quedan fortalecidos por la unión del Espíritu Santo
y, configurados a tu Ungido,
participan de su dignidad de profeta, de sacerdote y de rey.

Todos los concelebrantes, en silencio, extienden la mano derecha hacia el Crisma, y la mantienen así hasta el final de la oración.

Por tanto, Señor, te rogamos
Que, por el poder de tu gracia,
esta mezcla de aceite y perfume
se convierta para nosotros en sacramento de tu bendición ✠ ;
derrama generosamente los dones del Espíritu Santo

sobre nuestros hermanos ungidos con este Crisma.
 Adorna con el esplendor de la santidad los lugares y objetos
 marcados con este óleo santo.
 Pero sobre todo, por el misterio de este Crisma
 haz crecer a tu Iglesia
 hasta alcanzar aquella medida de plenitud
 en la que tú, Resplandor de luz eterna,
 serás todo en todos,
 con Cristo, en el Espíritu Santo,
 por lo siglos de los siglos.
 R. Amén.

27. Terminada la bendición de los óleos, los fieles designados para ello llevan el pan, el vino y el agua para la celebración de la Eucaristía (a no ser que se hayan llevado ya junto con los óleos, en el caso de que la bendición de éstos se haga siguiendo la Tradición Romana). La celebración de la Misa continúa como de costumbre.

Liturgia eucarística

28. ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te rogamos, Señor, que la eficacia de este sacrificio
 lave nuestras antiguas culpas,
 y nos haga crecer en novedad de vida
 y en plenitud de salvación.
 Por Jesucristo, nuestro Señor.

29. PREFACIO: el sacerdocio de cristo y el ministerio de los sacerdotes

V. El Señor esté con vosotros. R. Y con tu espíritu.
 V. Levantemos el corazón. R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.
 V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios. R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
 es nuestro deber y salvación
 darte gracias siempre y en todo lugar,
 Señor, Padre santo,
 Dios todopoderoso y eterno.
 Ya que, por la unción del Espíritu Santo,
 constituiste a tu Unigénito

Pontífice de la alianza nueva y eterna,
 y en tu designio salvífico, has querido
 que su sacerdocio único se perpetuara en la Iglesia.
 En efecto, Cristo no sólo confiere
 la dignidad del sacerdocio real
 a todo su pueblo santo,
 sino que, con especial predilección,
 elige a algunos de entre los hermanos,
 y mediante la imposición de las manos,
 los hace partícipes de su ministerio de salvación,
 a fin de que renueven, en su nombre,
 el sacrificio redentor,
 preparen para tus hijos el banquete pascual,
 fomenten la caridad en tu pueblo santo,
 lo alimenten con la Palabra,
 lo fortifiquen con los sacramentos
 y, consagrando su vida a ti
 y a la salvación de sus hermanos,
 se esfuercen por reproducir en sí mismos la imagen de Cristo
 y te den un constante testimonio
 de fidelidad y de amor.
 Por eso, Señor, con todos los ángeles y santos,
 te alabamos, cantando llenos de alegría:
 Santo, Santo, Santo...

30. ANTÍFONA DE COMUNIÓN Sal 88, 2

Cantaré eternamente las misericordias del Señor,
 y mi boca proclamará tu fidelidad, de generación en generación.

31. ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Dios todopoderoso,
 que, alimentados por tus sacramentos,
 merezcamos convertirnos en buen olor de Cristo.
 Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

32. *Impartida la bendición conclusiva de la misa, el obispo pone incienso en el turiferario de modo acostumbrado, y se organiza la procesión hacia la sacristía.*

Los santos óleos son llevados por los ministros correspondientes inmediatamente después de la cruz alta. El coro y el pueblo cantan algunas estrofas del himno **O Redemptor** u otro canto apropiado.

33. En la sacristía, el obispo dirige oportunamente la palabra a los presbíteros para recordarles la manera como se debe tratar con honor a los santos óleos y el modo como se deben de conservar cuidadosamente.

34. La recepción de los santos óleos se puede hacer en cada parroquia, o antes de la celebración de la Misa vespertina de la Cena del Señor, o en otro momento que se considere más oportuno.

TRIDUO
PASCUAL

MISA VESPERTINA DE LA CENA DEL SEÑOR

Según una antiquísima tradición de la Iglesia, en este día se prohíben todas las misas sin asistencia del pueblo.

1. Por la tarde, en la hora más oportuna, se celebra la misa de la Cena del Señor, en la que participa plenamente toda la comunidad local y en la que todos los sacerdotes y ministros ejercen su propio oficio.
2. Los sacerdotes que ya han celebrado en la misa crismal o para bien de los fieles, pueden concelebrar de nuevo la misa vespertina. Los fieles que han comulgado en la misa crismal pueden también comulgar de nuevo en esta misa.
3. Donde lo exija el bien pastoral, el Ordinario del lugar puede permitir la celebración de otra misa por la tarde en las iglesias u oratorios públicos o semipúblicos, y en caso de verdadera necesidad, incluso por la mañana, pero solamente para los fieles que de ningún modo pueden participar en la misa vespertina la tarde. Cúidese que estas misas no se celebren solamente para bien de unos pocos y no perjudiquen en nada la misa vespertina, que es la principal.
4. La sagrada comunión solamente se puede distribuir a los fieles dentro de la misa; a los enfermos se les puede llevar a cualquier hora del día.
5. El sagrario ha de estar completamente vacío; se ha de consagrar en esta misa suficiente para que el clero y el pueblo puedan comulgar hoy y mañana.

6. Antífona de entrada Cf. Ga 6, 14
Debemos gloriarnos
en la cruz de nuestro Señor Jesucristo,
porque en él está nuestra salvación,
nuestra vida y nuestra resurrección,
y por él fuimos salvados y redimidos.

7. Se dice Gloria. Mientras se canta, se hacen sonar las campanas, que ya no se vuelven a tocar hasta la Vigilia Pascual, a no ser que la Conferencia Episcopal o el Ordinario juzguen oportuno establecer otra cosa.

8. Oración colecta

Dios nuestro, reunidos para celebrar la santísima Cena
en la que tu Hijo unigénito, antes de entregarse a la muerte,
confió a la Iglesia el nuevo y eterno sacrificio
banquete pascual de su amor,
concédenos que, de tan sublime misterio,
brote para nosotros la plenitud del amor y de la vida.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

5. En la homilía se comentan los grandes misterios que se celebran este día: la institución de la sagrada eucaristía y del sacramento del orden y el mandato del Señor sobre la caridad fraterna. Después de la homilía, en aquellos lugares donde lo aconseje el bien pastoral, se lleva a cabo el lavatorio de los pies.

Lavatorio de los pies

6. Los que han sido designados de entre el pueblo de Dios son acompañados por los ministros, a ocupar los asientos preparados para ellos en un lugar visible a los fieles. El sacerdote (dejada la casulla si es necesario) se acerca a cada una de las personas designadas y, con la ayuda de los ministros, les lava los pies y se los seca.

7. Mientras tanto, se canta alguna de las siguientes antífonas o algún otro canto apropiado.

Antífona 1 Cf. Jn 13, 4. 5. 15

El Señor se levantó de la mesa,
echó agua en un recipiente
y se puso a lavar los pies de sus discípulos,
para darles ejemplo.

Antífona 2 Cf. Jn 13, 12. 13. 15

El Señor Jesús, después de haber cenado con sus discípulos,
lavó sus pies y les dijo: “¿Comprenden lo que acabo de hacer
con ustedes, yo, el Señor y Maestro? Les he dado ejemplo,
para que también ustedes lo hagan”.

Antífona 3 Jn 13, 6. 7. 8

Señor, ¿pretendes tú lavarme a mí los pies?
Jesús le respondió: si no te lavo los pies,
no tendrás nada que ver conmigo.

V/. Fue Jesús hacia Simón Pedro y éste le dijo:

«Señor, ¿pretendes tú lavarme a mí los pies?...

V/. «Lo que yo estoy haciendo, tú no lo entiendes ahora;
lo entenderás más tarde».

«Señor, ¿pretendes tú lavarme a mí los pies?...

Antífona 4 Cf. Jn 13, 14

Si yo, que soy el Maestro y el Señor,
les he lavado los pies,

¡con cuánta mayor razón
ustedes deben lavarse los pies unos a otros!

Antífona 5 Jn 13, 35

En esto reconocerán todos que ustedes son mis discípulos:
en que se amen los unos a los otros.

V/. Jesús les dice a sus discípulos:
En esto reconocerán todos...

Antífona 6 Jn 13, 34

Les doy un mandamiento nuevo:
que se amen los unos a los otros
como yo los he amado, dice el Señor.

Antífona 7 1Cor 13, 13

Que permanezcan en ustedes fe, la esperanza y el amor;
pero la mayor de estas tres virtudes es el amor.

V/. Ahora tenemos la fe, la esperanza y el amor;
pero la mayor de estas tres virtudes es el amor.
Que permanezcan en ustedes...

13. Inmediatamente después del lavatorio de los pies o, si éste no ha tenido lugar, después de la homilía se hace la oración de los fieles. En esta misa no se hace la profesión de fe.

Liturgia eucarística

14. Al comienzo de la liturgia eucarística se puede organizar una procesión de los fieles con dones para los pobres.

Mientras tanto se canta el Ubi cáritas est vera u otro cántico apropiado.

15. Oración sobre las ofrendas

Concédenos, Señor,
participar dignamente en estos misterios,
porque cada vez que se celebra el memorial de este sacrificio,
se realiza la obra de nuestra redención.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

16. Prefacio: El sacrificio y el sacramento de Cristo

V/. El Señor esté con ustedes. R/. Y con tu espíritu.

V/. Levantemos el corazón. R/. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V/. Demos gracias al Señor, nuestro Dios. R/. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.
El cual, verdadero y eterno Sacerdote,
al instituir el sacrificio de la eterna alianza,
se ofreció primero a ti como víctima salvadora,
y nos mandó que lo ofreciéramos
como memorial suyo.
Cuando comemos su carne,
inmolada por nosotros,
quedamos fortalecidos;
y cuando bebemos su sangre,
derramada por nosotros,
quedamos limpios de nuestros pecados.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

17. Si se usan las Plegarias eucarísticas II o III, téngase en cuenta la referencia que se hace de esta Misa en el relato de la institución, pp. 566 y 573. Si se usa el Canon Romano, se dicen sus partes propias de la siguiente manera:

Cuando se utiliza el Canon Romano, se dicen Reunidos en comunión, Acepta, Señor, en tu bondad, y El cual, la víspera de su Pasión propios.

Reunidos en comunión con toda la Iglesia,
para celebrar el día santo en que nuestro Señor Jesucristo
fue entregado por nosotros,
veneramos la memoria,
ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María,
Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor;

la de su esposo, San José;
la de los santos apóstoles y mártires
Pedro y Pablo, Andrés,
[Santiago y Juan,
Tomás, Santiago, Felipe,
Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo;
Lino, Cleto, Clemente,
Sixto, Cornelio, Cipriano,
Lorenzo, Crisógono,
Juan y Pablo,
Cosme y Damián,]
y la de todos los santos;
por sus méritos y oraciones
concédenos en todo tu protección.
[Por Cristo nuestro Señor. Amén.]

Con las manos extendidas prosigue:

Acepta, Señor, en tu bondad,
esta ofrenda de tus siervos
y de toda tu familia santa,
que te presentamos en el día mismo
en que nuestro Señor Jesucristo
encomendó a sus discípulos
la celebración del sacramento
de su Cuerpo y de su Sangre;
ordena en tu paz nuestros días,
líbranos de la condenación eterna
y cuéntanos entre tus elegidos.

Junta las manos.

[Por Cristo nuestro Señor. Amén.]

Extendiendo las manos sobre las ofrendas, dice:

Bendice y santifica esta ofrenda, Padre,
haciéndola perfecta, espiritual y digna de ti,

de manera que se convierta para nosotros
en el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo amado,
Jesucristo, nuestro Señor.

Junta las manos.

El cual, hoy,
la víspera de padecer por nuestra salvación
y la de todos los hombres,

Toma el pan y, sosteniéndolo un poco elevado sobre el altar, prosigue:

tomó pan en sus santas y venerables manos,

Eleva los ojos

y elevando los ojos al cielo,
hacia ti, Dios Padre suyo todopoderoso,
dando gracias te bendijo,
lo partió,
y lo dio a sus discípulos diciendo:

Se inclina un poco.

TOMEN Y COMAN TODOS DE ÉL,
PORQUE ESTO ES MI CUERPO,
QUE SERÁ ENTREGADO POR USTEDES.

Lo restante, como en el Canon Romano.

34. *Antífona de comunión* 1Cor 11, 24-25
Este es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes.
Este cáliz es la nueva alianza
establecida por mi Sangre;
cuantas veces lo beban,
háganlo en memoria mía, dice el Señor.

13. *Acabada la distribución de la comunión, se deja sobre el altar el paxos con el pan consagrado para la comunión del día siguiente. La misa acaba con la oración después de la comunión.*

14. *Oración después de la comunión*

Concédenos, Dios todopoderoso,
que así como somos alimentados en esta vida
con la Cena pascual de tu Hijo,
así también merezcamos ser saciados
en el banquete eterno.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Traslado del Santísimo Sacramento

15. Dicha la oración, el sacerdote, de pie ante el altar, pone incienso en el incensario, y de rodillas inciensa tres veces al Santísimo Sacramento. Después, poniéndose el paño de hombros, toma en sus manos la pixis y lo cubre con el humeral.

16. La cruz abre la procesión, en la que, en medio de cirios e incienso, se lleva el Santísimo Sacramento por la iglesia hasta el lugar de la reserva, preparado en alguna capilla convenientemente ornamentada. Mientras tanto, se canta el himno *Pange lingua*, en castellano: *Que la lengua humana* (excepto las dos últimas estrofas) u otro canto eucarístico.

17. Cuando la procesión ha llegado al lugar de la reserva, el celebrante deja el pixis y, poniendo incienso, lo inciensa de rodillas, mientras se canta el *Tantum ergo*, en castellano: *Adorad, postrados*. Después se cierra el sagrario o la urna de la reserva.

18. Después de un tiempo de adoración en silencio, el sacerdote y los ministros, hecha la genuflexión, vuelven a la sacristía.

19. Seguidamente se despoja el altar y se quitan, si es posible, las cruces de la iglesia. Si quedan algunas cruces en la iglesia, conviene que se cubran con un velo.

20. Los que han participado en la misa vespertina no están obligados a rezar *Vísperas*.

21. Exhórtese a los fieles a que dediquen algún tiempo de esta noche, según las circunstancias y costumbres de cada lugar, a la adoración del Santísimo Sacramento. Esta adoración, con todo, si se prolonga más allá de la medianoche, debe hacerse sin solemnidad.

VIERNES SANTO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

1. El día de hoy y el de mañana, por una antiquísima tradición, la Iglesia omite por completo la celebración de los Sacramentos, excepto el de la Penitencia y el de la Unción de los enfermos.
2. En este día la sagrada comunión se distribuye a los fieles únicamente dentro de la celebración de la Pasión del Señor; pero a los enfermos que no pueden participar en dicha celebración, se les puede llevar a cualquier hora del día.
3. El altar debe estar desnudo por completo: sin cruz, sin candelabros, sin manteles.

Celebración de la Pasión del Señor

4. Después del mediodía, alrededor de las tres de la tarde, a no ser que por razón pastoral se elija una hora más avanzada, se celebra la Pasión del Señor, que consta de tres partes: Liturgia de la palabra, Adoración de la Cruz y Sagrada Comunión.
5. El sacerdote y el diácono, si está presente, revestido de color rojo como para la Misa, se dirigen al altar en silencio, y hecha la debida reverencia, se postran rostro en tierra o, si se juzga conveniente, se arrodillan, y oran en silencio durante algún espacio de tiempo. Todos los demás se arrodillan.
6. Después el sacerdote con los ministros, se dirige a la sede, donde, vuelto hacia el pueblo, que está de pie, dice, con las manos extendidas, una de las siguientes oraciones, omitida la invitación Oremos.

Oración

Acuérdate, Señor, de tu gran misericordia,
y santifica a tus siervos con tu constante protección,
ya que por ellos Cristo, tu Hijo, derramando su sangre,
instituyó el misterio pascual.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

O bien:

Señor Dios, que por la Pasión de nuestro Señor Jesucristo
nos libraste de la muerte heredada del antiguo pecado,
concédenos asemejarnos a tu Hijo,
y haz que, así como naturalmente
llevamos en nosotros la imagen del hombre terreno,

por la gracia de la santificación,
 llevemos también la imagen del hombre celestial.
 Por Jesucristo, nuestro Señor.
 R/. Amén.

Primera parte: Liturgia de la palabra

7. Todos se sientan, y se hace la primera lectura, tomada del profeta Isaías (52, 13-53, 12), con su salmo.
8. A continuación se hace la segunda lectura, tomada de la carta a los Hebreos (4, 14-16; 5, 7-9), con el canto antes del Evangelio.
9. Finalmente se lee la Pasión del Señor según san Juan (18, 1-19, 42), del mismo modo que el domingo precedente.
10. Después de la lectura de la Pasión del Señor, el sacerdote dice una breve homilía, después de la cual puede exhortar a los fieles a orar durante un breve espacio de tiempo.

Oración universal

11. La Liturgia de la Palabra se termina con la oración universal, que se hace de esta manera: el diácono, si está presente o, en su ausencia, un ministro laico, de pie, en el ambón, dice la invitación, en la cual se expresa la intención por la que se va a orar. Enseguida oran todos en silencio durante un breve espacio de tiempo, y luego el sacerdote, de pie, en la sede o, si se cree oportuno, en el altar, dice la oración con las manos extendidas.

Los fieles pueden permanecer de rodillas o de pie durante todo el tiempo de la oración.

12. Antes de cada oración del sacerdote pueden utilizarse las invitaciones tradicionales del diácono: Nos ponemos de rodillas – Nos ponemos de pie, en ese caso, los fieles se arrodillan en silencio durante la súplica.

Las Conferencia Episcopales pueden proponer otras invitaciones para introducir la oración del sacerdote

13. Cuando haya grave necesidad pública, el Obispo diocesano puede permitir o prescribir que se añada alguna intención especial.

I. Por la santa Iglesia

Oremos, queridos hermanos, por la santa Iglesia de Dios,
 para que nuestro Dios y Señor le conceda la paz y la unidad,
 se digne protegerla en toda la tierra,
 y nos conceda glorificarlo, como Dios Padre omnipotente,

con una vida pacífica y serena.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
que en Cristo revelaste tu gloria a todas las naciones,
conserva la obra de tu misericordia,
para que tu Iglesia, extendida por toda la tierra,
persevere con fe inquebrantable en la confesión de tu nombre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

II. Por el Papa

Oremos también por nuestro santo padre, el Papa N.,
para que Dios nuestro Señor,
que lo escogió para el orden de los obispos,
lo conserve a salvo y sin daño para bien de su santa Iglesia,
a fin de que pueda gobernar al pueblo santo de Dios.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
cuya sabiduría gobierna el universo,
atiende favorablemente nuestras súplicas
y protege con tu amor al Papa que nos diste,
para que el pueblo cristiano, que tú mismo pastoreas,
progrese bajo su cuidado en la firmeza de su fe.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

III. Por el pueblo de Dios y sus ministros

Oremos también por nuestro obispo N.¹,
por todos los obispos, presbíteros y diáconos de la Iglesia,
y por todo el pueblo santo de Dios.

¹ Aquí se puede hacer mención del obispo coadjutor o de los obispos auxiliares, conforme lo previsto por la IGMR, n. 149

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
 Que con tu Espíritu santificas y gobiernas a toda la Iglesia
 escucha nuestras súplicas por tus ministros,
 para que, con la ayuda de tu gracia, te sirvan con fidelidad.
 Por Jesucristo nuestro Señor.
 R/. Amén.

IV. Por los catecúmenos

Oremos también por los (nuestros) catecúmenos,
 para que Dios nuestro Señor
 abra los oídos de sus corazones
 y les manifieste su misericordia,
 y para que mediante el bautismo,
 se les perdonen todos sus pecados
 y queden incorporados a Cristo, Señor nuestro.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
 que sin cesar concedes nuevos hijos a tu Iglesia,
 acrecienta la fe y el conocimiento a los (nuestros) catecúmenos,
 para que, renacidos en la fuente bautismal,
 los cuentes entre tus hijos de adopción.
 Por Jesucristo nuestro Señor.
 R/. Amén.

V. Por la unidad de los cristianos

Oremos también por todos los hermanos que creen en Cristo,
 para que Dios nuestro Señor
 se digne congregar y custodiar en la única Iglesia
 a quienes procuran vivir en la verdad.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
que reúnes a los que están dispersos y los mantienes en la unidad,
mira benignamente la grey de tu Hijo, para que,
a cuantos están consagrados por el único bautismo,
también los una la integridad de la fe
y los asocie el vínculo de la caridad
Por Jesucristo nuestro Señor.

R/. Amén.

VI. Por los judíos

Oremos también por los judíos,
para que a quienes Dios nuestro Señor habló primero
les conceda progresar continuamente en el amor de su nombre
y en la fidelidad a su alianza.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
que confiaste tus promesas a Abraham y a su descendencia,
escucha compasivo los ruegos de tu Iglesia,
para que el pueblo que adquiriste primero como tuyo,
merezca llegar a la plenitud de la redención.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R/. Amén.

VII. Por los que no creen en Cristo.

Oremos también por los que no creen en Cristo,
para que, iluminados por el Espíritu Santo,
puedan ellos encontrar el camino de la salvación.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
concede a quienes no creen en Cristo
que, caminando en tu presencia con sinceridad de corazón,
encuentren la verdad;
y a nosotros concédenos crecer en el amor mutuo

y en el deseo de comprender mejor los misterios de tu vida,
a fin de que seamos testigos cada vez más auténticos
de tu amor en el mundo.

Por Jesucristo nuestro Señor.

R/. Amén.

VIII. *Por los que no creen en Dios.*

Oremos también por los que no conocen a Dios,
para que, buscando con sinceridad lo que es recto,
merezcan llegar a él.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
que creaste a todos los hombres
para que deseándote te busquen
y para que al encontrarte descansen en ti,
concédenos que,
en medio de sus dificultades de este mundo,
al ver los signos de tu amor
y el testimonio de las buenas obras de los creyentes,
todos los hombres se alegren al confesarte
como único Dios verdadero y Padre de todos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

IX. *Por los gobernantes*

Oremos también por los gobernantes de las naciones,
para que Dios nuestro Señor guíe sus mentes y corazones,
según su voluntad providente,
hacia la paz verdadera y la libertad de todos.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
En cuyas manos están los corazones de los hombres

y los derechos de las naciones,
mira con bondad a nuestros gobernantes,
para que, con tu ayuda, se afiance en toda la tierra
un auténtico progreso social, una paz duradera,
y una verdadera libertad religiosa.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

X. *Por los que se encuentran en alguna tribulación.*

Oremos, hermanos muy queridos, a Dios Padre todopoderoso,
para que libre al mundo de todos sus errores,
aleje las enfermedades, alimente a los que tienen hambre,
libere a los encarcelados y haga justicia a los oprimidos,
conceda seguridad a los que viajan,
un buen retorno a los que se hallan lejos del hogar,
la salud a los enfermos y la salvación a los moribundos.

Se ora un momento en silencio. Luego prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
consuelo de los afligidos y fortaleza de los que sufren,
escucha a los que te invocan en su tribulación,
para que todos experimentes en sus necesidades
la ayuda de tu misericordia.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

Segunda parte Adoración de la santa Cruz

14. *Terminada la oración universal, se hace la adoración solemne de la santa Cruz. De las dos formas que se proponen a continuación para la presentación de la cruz, elijase la que se juzgue más apropiada conforme a las necesidades pastorales.*

Presentación de la santa Cruz

Primera forma

15. El diácono u otro ministro idóneo, con los ministros, se dirige a la sacristía, de donde trae procesionalmente, cubierta con un velo morado. Se dirige hasta a través de la Iglesia hasta el centro del presbiterio, acompañado de dos ministros con velas incendiadas.

El sacerdote, de pie ante el altar, de cara al pueblo, recibe la Cruz, descubre un poco su extremo superior y la eleva y canta: *Miren el árbol de la Cruz*, ayudado en el canto por el diácono o, si es necesario, por el coro. Todos responden: *Vengan a adoremos*. Terminado acabado el canto, todos se arrodillan y adoran en silencio, durante unos instantes, la Cruz que el sacerdote, de pie, mantiene en alto.

**Miren al árbol de la Cruz
donde estuvo clavado
el Salvador del mundo.**

R/. Vengan y adoremos.

Enseguida el sacerdote descubre el brazo derecho de la cruz y, elevándola de nuevo, comienza a cantar la invitación: *Miren el árbol de la Cruz*, y se prosigue como la primera vez.

Finalmente descubre totalmente la cruz y, volviéndola a elevar, comienza por tercera vez la invitación: *Miren el árbol de la Cruz*, como la primera vez.

Segunda forma de mostrar la santa Cruz

16. El sacerdote, o el diácono, u otro ministro idóneo, va a la puerta de la iglesia, juntamente con los ministros. Ahí recibe la Cruz ya descubierta; los ministros toman los ciriales encendidos, y van procesionalmente por la iglesia hacia el presbiterio. Cerca de la puerta de la Iglesia el que lleva la cruz la eleva y canta la invitación *Miren el árbol del Cruz*. Todos responden *Vengan y adoremos*, se arrodillan después de la respuesta, y adoran un momento en silencio. Esto mismo se repite a la mitad de la Iglesia y la entrada del presbiterio.

Adoración de la santa Cruz

17. Enseguida, el sacerdote o el diácono, acompañado de dos ministros con velas encendidas, lleva la cruz hasta la entrada del presbiterio o hasta un lugar apto y la coloca ahí o la entrega a los ministros para que la sostengan, y se coloquen las velas a la derecha y a la izquierda de la Cruz.

18. Para la adoración de la Cruz, se acerca primero el sacerdote celebrante, habiéndose quitado la casulla y el calzado, si es oportuno. En seguida se acercan, a la manera de una procesión, el clero, los ministros laicos y los fieles, y adoran la Cruz, haciendo delante de ella una

genuflexión simple o algún otro signo de veneración, según la costumbre del lugar, por ejemplo, besando la Cruz.

19. Expóngase solamente una Cruz a la adoración de los fieles. Si por el gran número de asistentes no todos pudieran acercarse, el sacerdote, después de que una parte del clero y de los fieles hayan hecho la adoración, toma la Cruz, y de pie ante el altar, invita a todo el pueblo con breves palabras a adorar la santa Cruz. Luego la levanta en alto, por un momento, para que los fieles la adoran en silencio.

Mientras tanto, se canta la antífona Tu Cruz adoramos, los Improperios, el himno Crux Fidelis, u otros cantos apropiados. Los que ya han adolorado la cruz, regresan a sus lugares y se sientan.

Cantos para la adoración de la santa Cruz

Antífona

Tu cruz adoramos, Señor,
y tu santa resurrección alabamos y glorificamos.
Por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

Salmo 66, 2

Que el Señor se apiade de nosotros y nos bendiga,
que nos muestre su rostro radiante y misericordioso

Antífona

Tu cruz adoramos, Señor,
y tu santa resurrección alabamos y glorificamos.
Por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

Improperios

Las partes que corresponden al primer coro se indican con el número 1; las que corresponden al segundo, con el número 2; las que deben cantar conjuntamente los dos coros se indican con los números 1 y 2.

I

1 y 2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he hecho,
en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.

1. Yo te saqué de Egipto;

tú preparaste una cruz para tu Salvador.

2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he causado o,
en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.

1. Hágios o Theós.
2. Santo es Dios.

1. Hágios Ischyrós.
2. Santo y fuerte.

1. Hágios Athánatos, eléison himás.
2. Santo e inmortal, ten piedad de nosotros.

- 1 y 2. ¿Por qué Yo te guié cuarenta años por el desierto,
te alimenté con el maná,
te introduje en una tierra fértil;
tú preparaste una cruz a tu Salvador.

1. Hágios o Theós.
2. Santo es Dios.

1. Hágios Ischyrós.
2. Santo y fuerte.

1. Hágios Athánatos, eléison himás.
2. Santo e inmortal, ten piedad de nosotros.

- 1 y 2. ¿Qué más pude hacer por ti?
Yo te planté como viña mía,
escogida y hermosa.
¡Qué amarga te has vuelto conmigo!
Para mi sed me diste vinagre,
con la lanza traspasaste el costado
a tu Salvador.

1. Hágios o Theós.
2. Santo es Dios.

1. Hágios Ischyrós.

2. Santo y fuerte.

1. Hágios Athánatos, eléison himás.

2. Santo e inmortal, ten piedad de nosotros.

II

1. Por ti yo azoté a Egipto y a sus primogénitos;
y tú me has entregado para que me azoten.

2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he causado,
O en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.

1. Yo te saqué de Egipto,
sumergiendo al Faraón en el mar Rojo;
tú me entregaste a los sumos sacerdotes.

2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he causado,
O en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.

1. Yo abrí el mar delante de ti;
tú con la lanza abriste mi costado.

2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he causado,
O en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.

.

1. Yo te guiaba con una columna de nubes;
tú me guiaste al pretorio de Pilato.

2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he causado,
O en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.

1. Yo te sustenté con maná en el desierto;
tú me abofeteaste y me azotaste.

2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he causado,
O en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.

1. Yo te di a beber el agua salvadora
que brotó de la peña;
tú me diste a beber hiel y vinagre.
2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he causado,
O en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.
1. Yo por ti herí a los reyes cananeos;
tú me heriste la cabeza con la caña.
2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he causado,
O en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.
1. Yo te di un cetro real;
tú me pusiste una corona de espinas.
2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he causado,
O en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.
1. Yo te levanté con gran poder;
tú me colgaste del patíbulo de la cruz.
2. ¡Pueblo mío! ¿Qué mal te he causado,
O en qué cosa te he ofendido?
Respóndeme.

Himno

1 y 2 Antífona

¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

1. Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero,
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

2. ¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
1. Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.
2. ¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!
1. Y así dijo el Señor: ¡Vuelva la Vida
y que Amor redima la condena!
La gracia está en el fondo de la pena
y la salud naciendo de la herida.
2. ¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
1. ¡Oh plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.
2. ¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!
1. ¿Quién vio en más estrechez gloria más plena
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.
2. ¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
1. En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

2. ¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza con un peso tan dulce en su corteza!

1. Vinagre y sed la boca, apenas gime;
y al golpe de los clavos y lanza,
un mar de sangre fluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo y los redime.

2. ¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

1. Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

2. ¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza con un peso tan dulce en su corteza!

1. Tú sólo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú el arca que nos salva, tú el abrazo
de Dios con los verdugos del Ungido.

2. ¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

Esta conclusión no debe omitirse:

- 1 y 2. Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

20. Terminada la adoración, se lleva la cruz a su sitio, encima o cerca del altar. Los candelabros con las velas encendidas se colocan cerca del altar o sobre el mismo, o a los lados de la cruz.

Tercera Parte: Sagrada comunión

21. Sobre el altar se extiende el mantel y sobre el mismo se coloca el corporal y el misal. Entre tanto el diácono, o en su defecto el mismo sacerdote, habiéndose colocado el paño de hombros, trae el Santísimo Sacramento desde el lugar de la reserva directamente al altar, mientras todos permanecen de pie y en silencio. Dos ministros con candelabros encendidos, acompañan al Santísimo Sacramento y depositan luego las velas junto al altar o sobre él.

22. Después que el diácono, si está presente, ha depositado sobre el altar el Santísimo Sacramento y ha descubierto el copón, el sacerdote se acerca y, previa genuflexión.

23. A continuación el sacerdote, teniendo las manos juntas, dice con voz clara:

Fieles a la recomendación del Salvador,
y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir:

El sacerdote, con las manos extendidas, dice junto con el pueblo:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

24. El sacerdote, con las manos extendidas, prosigue él solo:

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

Junta las manos.

El pueblo concluye la oración, aclamando:

Tuyo es el reino,

tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor.

25. A continuación el sacerdote, con las manos juntas, dice en secreto:

*Señor Jesucristo,
la comunión de tu Cuerpo
no sea para mí un motivo de juicio y condenación,
sino que, por tu piedad,
me aproveche para defensa de alma y cuerpo
y como remedio saludable.*

26. Enseguida hace genuflexión, toma una partícula, la mantiene un poco elevada sobre el copón y dice en voz clara, de cara al pueblo:

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y, juntamente con el pueblo, añade una sola vez:

Señor, no soy digno
de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya
bastará para sanarme.

27. Luego, vuelto hacia el altar comulga reverentemente el Cuerpo de Cristo. Diciendo en secreto: El Cuerpo de Cristo

28. Después distribuye la comunión a los fieles. Durante la comunión se puede cantar el salmo 21, u otros cantos apropiados.

29. Acabada la comunión, el diácono o un ministro idóneo lleva el copón a algún lugar especialmente preparado fuera de la iglesia, o bien, si lo exigen las circunstancias, lo reserva en el sagrario.

30. Después el sacerdote, guardado si lo cree oportuno un breve silencio, dice la siguiente oración:

Oración después de la comunión

Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
que nos has redimido con la gloriosa muerte
y resurrección de tu Hijo Jesucristo,
prosigue en nosotros la obra de tu misericordia,
para que, mediante nuestra participación en este misterio,
permanezcamos dedicados a tu servicio.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

31. Para la despedida, el diácono, o en su ausencia, el mismo sacerdote, puede decir la invitación: Inclinen la cabeza para recibir la bendición. Enseguida el sacerdote, de pie y vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos sobre él, dice la siguiente oración sobre el pueblo.

Oración sobre el pueblo

Envía Señor sobre este pueblo tuyo,
que ha conmemorado la muerte de tu Hijo,
en espera de su resurrección,
la abundancia de tu bendición;
llegue a él tu perdón,
reciba tu consuelo,
se acreciente su fe santa
y se consolide su eterna redención.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

32. Y todos haciendo genuflexión a la Cruz, se retiran en silencio

33. Después de la celebración se desnuda el altar, dejando, sin embargo, sobre él la Cruz con dos o cuatro candeleros.

34. Los que asistieron a esta solemne acción litúrgica de la tarde, no celebran la hora de vísperas.

SÁBADO SANTO

Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte, y se abstiene del sacrificio de la misa, quedando por ello desnudo el altar hasta que, después de la solemne Vigilia o expectación nocturna de la resurrección, se inauguren los gozos de la Pascua, cuya exuberancia inundará los cincuenta días pascuales.

En este día no se puede distribuir la sagrada comunión, a no ser en caso de viático.

DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

En la noche santa
Vigilia pascual

1. Según una tradición muy antigua, ésta es una noche de vela en honor del Señor (Ex 12, 42). Los fieles, llevando en la mano- según la exhortación evangélica (Lc 12, 35-37)- lámparas encendidas, se asemejan a quienes esperan el regreso de su Señor para que, cuando él vuelva, los encuentre vigilantes y los haga sentar a su mesa.
2. La Vigilia de esta noche la más grande y noble de todas las solemnidades seauna sola para cada una de las iglesias. Así esta celebración de la Vigilia se desarrolla de la siguiente manera: después de la breve liturgia de la luz o “lucernario” y del Pregón pascual(primer parte de la Vigilia), la santa Iglesia, llena de fe en las palabras y promesas del Señor, medita los portentos que el que obró desde el principio a favor de su pueblo (segunda parte o liturgia de la palabra), y cuando el día está por llegar, encontrándose ya acompañada de sus nuevos miembros renacidos en el Bautismo (tercera parte), es invitada a la mesa que el Señor ha preparado para su pueblo por medio del memorial de su muerte y resurrección, hasta que vuelva (cuarta parte).
3. Toda la celebración de la Vigilia pascual debe hacerse en la noche, de modo que no debe comenzar antes del principio de la noche del sábado, ni terminar después del alba del domingo.
4. La misa de la Vigilia, aunque se celebre antes de la medianoche, es ya la Misa pascual del domingo de Resurrección.
5. Quien participa en la Misa de la noche, puede comulgar también en la Misa del día. Quien celebra o concelebra la misa de la noche, puede celebrar o concelebrar también la Misa del día.

La Vigilia Pascual ocupa el lugar del Oficio de lectura.

6. El diácono asiste como de costumbre al sacerdote. En su ausencia, su ministerio lo asumen el sacerdote celebrante o un concelebrante, con excepción de lo que se indica más adelante.

El sacerdote y el diacono se revisten, desde el principio, como para la Misa, con vestiduras blancas.

7. Prepárense suficientes velas para todos los fieles que participen en la Vigilia. Se apagan todas las luces de la iglesia.

Primera parte
SOLEMNE INICIO DE LA VIGILIA, O “LUCERNARIO”

Bendición del fuego y preparación del cirio

8. En un lugar adecuado, fuera de la iglesia, se prepara un fuego que llamee. Congregado ahí el pueblo, llega el sacerdote con los ministros. Uno de los ministros lleva el cirio pascual. No se usan ni la cruz procesional ni los ciriales.

Si las circunstancias no permiten encender el fuego fuera de la iglesia, todo este rito se desarrolla como se indica en el número 13.

8. El sacerdote y los fieles se signan, mientras él dice: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y en seguida saluda al pueblo, como de costumbre, le hace una breve monición sobre la vigilia de esta noche, con estas palabras u otras semejantes:

Hermanos:

En esta noche santa, en que nuestro Señor Jesucristo pasó de la muerte a la vida, la Iglesia invita a todos sus hijos, diseminados por el mundo, a que se reúnan para velar en oración. Conmemoremos, pues, juntos, la Pascua del Señor, escuchando su palabra y participando en sus sacramentos, con la esperanza cierta de participar también en su triunfo sobre la muerte y de vivir con él para siempre en Dios.

10. Enseguida el sacerdote bendice el fuego, diciendo con las manos extendidas:

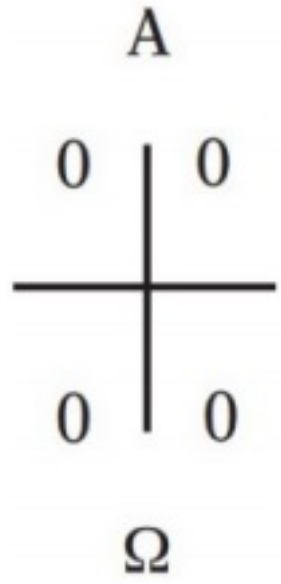
Oremos.

Dios nuestro, que por medio de tu Hijo comunicaste a tus fieles el fuego de tu luz, santifica ✠ este fuego nuevo, y concédenos que, al celebrar estas fiestas pascuales se encienda en nosotros el deseo de las cosas celestiales, para que podamos llegar con un espíritu renovado a las fiestas de la eterna claridad.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

11. Una vez bendecido el fuego nuevo, uno de los ministros, lleva el cirio pascual ante el celebrante. Éste, con un punzón, graba una cruz en el cirio. Después, traza sobre él, la letra griega Alfa, y, debajo, la letra Omega; entre los brazos de la cruz traza los cuatro números del año en curso, mientras dice:



1. Cristo ayer y hoy, (traza la línea vertical)
2. Principio y fin, (traza la línea horizontal.)
3. Alfa (traza la letra Alfa, arriba de la línea vertical)
4. y Omega. (traza la letra Omega, debajo de la línea vertical)
5. Suyo es el tiempo (traza el primer número del año en curso, en el ángulo superior izquierdo de la cruz.)
6. y la eternidad. (traza el segundo número del año en curso, en el ángulo superior derecho)
7. A él la gloria y el poder, (traza el tercer número del año en curso, en el ángulo inferior izquierdo)
8. por los siglos de los siglos. Amén. (traza el cuarto número del año en curso, en el ángulo inferior derecho)

12. Después de haber trazado la cruz y los demás signos, el sacerdote puede incrustar en el cirio cinco granos de incienso, en forma de cruz diciendo al mismo tiempo:

1
4 2 5
3

1. Por sus santas llagas
2. gloriosas,
3. nos proteja
4. y nos guarde
5. Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

13. Cuando por alguna razón no parezca aconsejable encender una hoguera fuera de la iglesia, la bendición del fuego se acomodará a las circunstancias. Reunido el pueblo en la iglesia como de costumbre, el sacerdote y los ministros, uno de los cuales lleva el cirio pascual, se dirigen a la puerta de la iglesia. El pueblo, en cuanto sea posible, se vuelve hacia el celebrante. Hecho el saludo y la monición como se indica en el número 9, enseguida se bendice el fuego y se prepara el cirio como indica en los números 10-12

14. El sacerdote enciende el cirio pascual con el fuego nuevo, diciendo:

Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso,
disipe las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu.

Las Conferencias Episcopales pueden establecer también otros ritos más acomodados a la idiosincrasia de cada pueblo en concreto.

Procesión

15. Encendido el cirio, uno de los ministros toma el fuego unos carbones ardientes y los coloca en el incensario, y el sacerdote, en la forma acostumbrada, pone el incienso. El diácono o, en su ausencia otro ministro idóneo, recibe de un ministro el cirio pascual y se dispone a la procesión. El turiferario con el incensario humeante se coloca adelante del diácono o del otro ministro, que lleva el cirio pascual. Siguen el sacerdote, los ministros y luego el pueblo, que llevan todos en la mano las velas apagadas.

En la puerta de la iglesia el diácono se detiene y, elevando el cirio, canta:

Luz del Cristo.

Y todos responden:

Demos Gracias a Dios

El sacerdote enciende su vela de la llama del cirio pascual.

16. Enseguida el diácono avanza hasta la mitad de la iglesia, se detiene y elevando el cirio, canta por segunda vez.

Luz de Cristo.

Y todos responden:

Demos gracias a Dios.

Todos encienden su vela de la llama del cirio pascual y avanzan.

17. El diácono, ante el altar, de pie y vuelto al pueblo, eleva el cirio y canta por tercera vez:

Luz de Cristo.

A continuación el diácono pone el cirio pascual en el candelabro que está preparado junto al ambón o en medio del presbiterio.

Y entonces se encienden las luces de la iglesia. Con excepción de las velas del altar.

Pregón pascual

18. Cuando el sacerdote ha llegado al altar, va a su sede, entrega la vela a un ministro, pone y bendice el incienso como lo hace en la Misa antes del Evangelio. El diácono se acerca al sacerdote y, diciendo: Padre, dame tu bendición, pide y recibe la bendición del sacerdote, el cual dice en voz baja:

El Señor esté en tu corazón y en tus labios,
para que anuncies dignamente su pregón pascual;
en el nombre del Padre, y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo.
R/. Amén.

Esta bendición se omite si el pregón pascual es proclamado por otro que no sea el diácono.

19. El diácono o -en su defecto- el mismo sacerdote, una vez incensados el libro y el cirio -si lo cree oportuno- anuncia el pregón pascual en el ambón o desde un atril, estando todos de pie y con las velas encendidas en las manos.

El pregón pascual puede ser proclamado, en ausencia del diácono, por el mismo sacerdote o por otro presbítero concelebrante. Pero si, en caso de necesidad, un cantor laico proclama el Pregón, omite las palabras: Por eso, queridos hermanos, hasta el final de la invitación, y el saludo: El Señor esté con ustedes.

El pregón puede ser cantado también en su forma más breve. Las Conferencias Episcopales pueden adaptar el pregón, para que puedan ser insertadas en él algunas aclamaciones del pueblo.

Forma larga del pregón pascual

Alégrense, por fin, los coros de los ángeles,
alégrense las jerarquías del cielo,
y, por la victoria de Rey tan poderoso
que las trompetas anuncien la salvación.

Goce también la tierra, inundada de tanta claridad,
y que, radiante con el fulgor del Rey eterno,
se sienta libre de la tiniebla que cubría el orbe entero.

Alégrense también nuestra madre la Iglesia,
revestida de luz tan brillante;
resuene este templo con las aclamaciones del pueblo.

Por eso, queridos hermanos,
que asisten a la admirable claridad de esta luz santa,
invoquen conmigo la misericordia de Dios omnipotente,
para que aquel que, sin mérito mío,
me agregó al número de los ministros,
complete mi alabanza a este cirio.

[V/. El Señor esté con ustedes.

R/. Y con tu espíritu.]

V/. Levantemos el corazón.

R/. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V/. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R/. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario
aclamar con nuestras voces y con todo el afecto del corazón
a Dios invisible, el Padre todopoderoso,
y a su único Hijo único, nuestro Señor Jesucristo.

Porque él ha pagado por nosotros
al eterno Padre la deuda de Adán
y, ha borrado con su sangre inmaculada
canceló el recibo del antiguo pecado.

Porque éstas son las fiestas de Pascua,
en las que se inmola el verdadero Cordero,
cuya sangre consagra las puertas de los fieles.

Ésta es la noche en que sacaste de Egipto
a los israelitas, nuestros padres,
y los hiciste pasar a pie, sin mojarse, el mar Rojo.

Ésta es la noche en que la columna de fuego
esclareció las tinieblas del pecado.

Ésta es la noche que a todos los que creen en Cristo.
por toda la tierra,
los arranca de los vicios del mundo
y de la oscuridad del pecado,
los restituye a la gracia y los agrega a los santos.

Ésta es la noche
en que, rotas las cadenas de la muerte,
Cristo asciende victorioso del abismo.

¿De qué nos serviría haber nacido

si no hubiéramos sido rescatados?
 ¡Que asombroso beneficio de tu amor por nosotros!
 ¡Qué incomparable ternura y caridad!
 ¡Para rescatar al esclavo entregaste al Hijo!

Necesario fue el pecado de Adán,
 que ha sido borrado por la muerte de Cristo.
 ¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!

¡Qué noche tan dichosa!
 Solo ella conoció el momento
 en que Cristo resucitó del abismo.

Ésta es la noche de la que estaba escrito:
 "Será la noche clara como el día,
 la noche iluminada por mi gozo".

Y así, esta noche santa ahuyenta los pecados,
 lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos,
 la alegría a los tristes, expulsa el odio,
 trae la concordia, doblega a los poderosos.

En esta noche de gracia, acepta, Padre santo,
 este sacrificio vespertino de alabanza,
 que la santa Iglesia te ofrece
 en la solemne ofrenda de este cirio,
 obra de las abejas.

Sabemos ya lo que anuncia esta columna de fuego,
 que arde en llama viva para la gloria de Dios.
 Y aunque distribuye su luz, no mengua al repartirla,
 porque se alimenta de esta cera fundida,
 que elaboró la abeja fecunda
 para hacer esta lámpara preciosa.

¡Qué noche tan dichosa,

en que se une el cielo con la tierra,
lo humano con lo divino!

Te rogamos, Señor,
que este cirio consagrado a tu nombre,
para destruir la oscuridad de esta noche,
arda sin apagarse y, aceptado como perfume,
se asocie a las lumbreras del cielo.

Que el lucero matinal lo encuentre ardiendo,
ese lucero que no conoce ocaso
Jesucristo, tu Hijo
que volviendo del abismo
brilla sereno para el linaje humano,
y vive y reina por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

19. *Forma corta del pregón pascual*

Alégrense por fin los coros de los ángeles,
alégrense las jerarquías del cielo,
y por la victoria de Rey tan poderoso
que las trompetas anuncien la salvación.

Goce también la tierra, inundada de tanta claridad,
y que, radiante con el fulgor del Rey eterno,
se sienta libre de la tiniebla que cubría el orbe entero.

Alégrese también nuestra madre la Iglesia,
revestida de luz tan brillante;
resuene este templo con las aclamaciones del pueblo.

[V/. El Señor esté con ustedes.

R/. Y con tu espíritu.]

V/. Levantemos el corazón.

R/. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V/. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R/. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario
aclamar con nuestras voces
y con todo el afecto del corazón
a Dios invisible, el Padre todopoderoso,
y a su único Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Porque él ha pagado por nosotros
al eterno Padre la deuda de Adán
y, ha borrado con su sangre inmaculada,
la condena del antiguo pecado.

Porque éstas son las fiestas de Pascua,
en las que se inmola el verdadero Cordero,
cuya sangre consagra las puertas de los fieles.

Ésta es la noche en que sacaste de Egipto
a los israelitas, nuestros padres,
y los hiciste pasar a pie, sin mojarse, el Mar Rojo.

Ésta es la noche en que la columna de fuego
esclareció las tinieblas del pecado.

Ésta es la noche que, todos los que creen en Cristo,
Por toda la tierra
Los arranca de los vicios del mundo
y de la oscuridad del pecado,
los restituye a la gracia y los agrega a los santos.

Ésta es la noche
en que, rotas las cadenas de la muerte,
Cristo asciende victorioso del abismo.

¡Que asombroso beneficio de tu amor por nosotros!
¡Qué incomparable ternura y caridad!
¡Para rescatar al esclavo entregaste al Hijo!

Necesario fue el pecado de Adán,
que ha sido borrado por la muerte de Cristo.
¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!

Y así, esta noche santa ahuyenta los pecados,
lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos,
la alegría a los tristes.

¡Qué noche tan dichosa,
en que se une el cielo con la tierra,
lo humano con lo divino!

Esta noche de gracia,
acepta, Padre santo, el sacrificio vespertino
de alabanza que la santa Iglesia te ofrece
en la solemne ofrenda de este cirio, obra de las abejas

Te rogamos, Señor,
que este cirio consagrado a tu nombre,
para destruir la oscuridad de esta noche,
arda sin apagarse y, aceptado como perfume,
se asocie a las lumbreras del cielo.

Que el lucero matinal lo encuentre ardiendo,
ese lucero que no conoce ocaso
Jesucristo, tu Hijo,
que, al salir del abismo,
brilla sereno para el linaje humano,
y vive y reina por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

Segunda parte
Liturgia de la palabra

20. En esta vigilia, "madre de todas las vigiliass", se proponen nueve lecturas, siete del Antiguo Testamento y dos del Nuevo (Epístola y Evangelio), que deben ser leídas todas, siempre que sea posible, para conservar la índole de la Vigilia, la cual exige que duren un tiempo prolongado

21. Por motivos de orden pastoral puede reducirse el número de lecturas del Antiguo Testamento. Pero téngase siempre en cuenta que la lectura de la Palabra de Dios es parte fundamental de esta Vigilia pascual. Deben leerse, por lo menos, tres lecturas del Antiguo Testamento, tomadas de la Ley y los profetas, y cántense sus respectivos salmos responsoriales. Nunca puede omitirse la lectura del capítulo 14 del Éxodo (tercera lectura) con su cántico.

22. Apagadas las velas todos se sientan. Antes de comenzar las lecturas, el sacerdote hace una breve monición al pueblo con estas palabras u otras semejantes.

Hermanos:

Habiendo iniciado solemnemente la Vigilia Pascual, escuchemos con recogimiento la Palabra de Dios. Meditemos cómo, en la antigua alianza, Dios salvó a su pueblo y en la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo para que nos redimiera. Oremos para que Dios lleve a su plenitud la obra de la redención realizada por el misterio pascual.

23. Después siguen las lecturas. El lector se dirige al ambón y lee la primera de ellas. Seguidamente el salmista o un cantor dice el salmo, proclamando el pueblo la respuesta. Acabado el salmo todos se levantan y el sacerdote dice: Oremos, y después que todos han orado en silencio durante algún tiempo, dice la oración que corresponde a la lectura.

Oraciones para después de cada lectura

24. Después de la primera lectura (*La creación del hombre: Gn 1, 1. 26-31a*).

Dios todopoderoso y eterno,
que en todas las obras de tu amor
te muestras admirable,
concede a quienes has redimido,
comprender que el sacrificio de Cristo, nuestra pascua,
en la plenitud de los tiempos,

es una obra maravillosa todavía
que la misma creación del mundo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
R/. Amén.

O bien: Creación del hombre

Dios nuestro, que de modo admirable creaste al hombre
y de modo más admirable aún lo redimiste, concédenos sabiduría de
espíritu, para resistir a los atractivos del pecado
y poder llegar así a las alegrías eternas.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
R/. Amén.

25. Después de la segunda lectura (*El sacrificio de Abrahán: Ge 22, 1-2. 9a. 10-13. 15-18*).

Dios nuestro, excelso Padre de los creyentes,
que por medio de la gracia de adopción
y por el misterio pascual
sigues cumpliendo la promesa hecha a Abraham
de multiplicar su descendencia por toda la tierra
y de hacerlo el padre de todas las naciones,
concede a tu pueblo responder dignamente
a la gracia de tu llamada.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
R/. Amén.

26. Después de la tercera lectura (*El paso del mar Rojo: Ex 14, 15-15,1*).

Señor Dios, cuyos antiguos prodigios
los percibimos resplandeciendo también
en nuestros tiempos,
puesto que aquello mismo que realizó la diestra de tu poder
para liberar a un solo pueblo de la esclavitud del faraón,
los sigues realizando también ahora,
por medio del agua del bautismo
para salvar a todas las naciones,

concede que todos los hombres del mundo
lleguen a contarse entre los hijos de Abraham
y participen de la dignidad del pueblo elegido.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

O bien:

Dios nuestro, que manifestaste a la luz
del Nuevo Testamento
el sentido profundo de los prodigios realizados
en los tiempos antiguos,
dejándonos ver el paso del Mar Rojo,
una imagen del bautismo
y en el pueblo liberado de la esclavitud,
un anuncio de los sacramentos del pueblo cristiano,
haz que todos los hombres, mediante la fe,
participen del privilegio del pueblo elegido
y sean regenerados por la acción santificadora de tu Espíritu.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

27. Después de la cuarta lectura (*la nueva Jerusalén: Is 54, 5-14*).

Dios todopoderoso y eterno,
multiplica, en honor a tu nombre,
cuanto prometiste a nuestros padres en la fe
y acrecienta la descendencia por ti prometida
mediante la santa adopción filial,
para que aquello que los antiguos patriarcas
no dudaron que habría de acontecer,
tu Iglesia advierta que ya está en gran parte cumplido.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

28. Después de la quinta lectura (*la salvación que se ofrece gratuitamente a todos: Is 55, 1-11*).

Dios todopoderoso y eterno, única esperanza del mundo

tú que anunciaste, por voz de los profetas
los misterios que estamos celebrando esta noche,
multiplica en el corazón de tu pueblo,
los santos propósitos
porque no podría ningún santo anhelo alcanzar crecimiento
sin el impulso que procede de ti.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

29. Después de la sexta lectura (*la fuente de la sabiduría: Bar 3,9-15. 31-4, 4*).

Dios nuestro, que haces crecer continuamente a tu Iglesia
con hijos llamados de todos los pueblos,
dígnate proteger siempre con tu gracia
a quienes has purificado con el agua del bautismo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

30. Después de la séptima lectura (*el corazón nuevo y el espíritu nuevo: Ez 36, 16-28*).

Dios de inmutable poder y eterna luz,
mira propicio el admirable misterio de la Iglesia entera
y realiza serenamente, en virtud de tu eterno designio,
la obra de la humana salvación;
que todo el mundo vea y reconozca
que los caídos se levantan,
que se renueva lo que había envejecido
y que por obra de Jesucristo, todas las cosas concurren
hacia la unidad que tuvieron en el origen.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

O bien:

Señor Dios, que con las enseñanzas de ambos Testamentos
nos instruyes para celebrar el sacramento de la pascua,
haz que comprendamos la hondura de tu misericordia,

para que los dones que hoy recibimos
afiancen en nosotros la esperanza de los bienes futuros.

Por Jesucristo, nuestro Señor

R/. Amén.

31. Después de la última lectura del antiguo Testamento, con su salmo responsorial y oración, se encienden los cirios del altar, y el sacerdote entona el himno *Gloria a Dios*, que todos prosiguen mientras se hacen tocar las campanas, según las costumbres de cada lugar.

32. Acabado el himno, el sacerdote dice la oración colecta, como de ordinario.

Oremos.

Dios nuestro, que haces resplandecer esta noche
con la gloria de la resurrección del Señor,
aviva en tu Iglesia el espíritu de adopción filial,
para que, renovados en cuerpo y alma,
nos entreguemos fielmente a tu servicio.
Por nuestro Señor Jesucristo.

33. Seguidamente un lector proclama la lectura del Apóstol.

34. Leída la Epístola, todos se ponen de pie, y el sacerdote entona solemnemente, tres veces, elevando gradualmente su voz, el *Aleluya*, que todos repiten. Si hace falta, un salmista canta el *Aleluya*.

Luego un salmista o un cantor dice el salmo 117, al que le pueblo responde: *Aleluya*

35. El sacerdote, como es costumbre, pone incienso y bendice al diacono. Para el Evangelio no se llevan los ciriales, sino solamente el incensario.

36. Después del Evangelio, no se omite la homilía, aunque breve.

Tercera parte **Liturgia bautismal**

37. El sacerdote, con los ministros se dirige a la fuente bautismal, si ésta se encuentra situada a la vista de los fieles. Si no es así, se coloca un recipiente con agua bautismal en el presbiterio.

38. Si hay catecúmenos adultos, se los llama y sus padrinos los presentan; pero si los catecúmenos son niños, son sus padres y padrinos quienes los llevan y presentan ante toda la asamblea.

39. Si tiene lugar la procesión al bautisterio o a la fuente bautismal, se organiza en este momento. Va delante el ministro con el cirio pascual; lo siguen los bautizandos con sus padrinos, enseguida los ministros, el diácono y el sacerdote. Durante la procesión se cantan las letanías (n. 43). Terminadas las letanías, el sacerdote hace la monición (n. 40).

40. Si en cambio, se lleva a cabo la liturgia bautismal en el presbiterio, el sacerdote inmediatamente hace la monición introductoria con estas palabras u otras semajantes:

Hermanos, acompañemos con nuestra oración a quienes anhelan renacer a una nueva vida en la fuente del bautismo, para que Dios, nuestro Padre, les otorgue su protección y amor.

Si se bendice la fuente, pero no hay bautismos:

Hermanos, pidamos a Dios todopoderoso, que con su poder santifique esta fuente bautismal, para que cuantos en el bautismo van a ser regenerados en Cristo, sean agregados al número de los hijos adoptivos de Dios.

41. Dos cantores entonan las letanías a las que todos responden, estando en pie (por razón del tiempo pascual).

Si la procesión hasta el bautisterio es larga, las letanías se cantan durante dicha procesión; en este caso, se llama a los catecúmenos, antes de empezar la procesión. Esta procesión se organiza de la siguiente manera: abre la procesión un ministro con el cirio pascual, siguen los catecúmenos con los padrinos y, finalmente, va el sacerdote con los ministros. En este caso, la monición precedente se hace antes de la bendición del agua.

42. Si no hay bautismos ni bendición de la fuente, omitidas las letanías, se procede inmediatamente a la bendición del agua (n. 54).

43. En las letanías se pueden añadir algunos nombres de santos, especialmente el del titular de la iglesia, el de los patronos del lugar y el de los que van a ser bautizados.

Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.

Santa María, Madre de Dios,
San Miguel,
Santos ángeles de Dios,
San Juan Bautista,
San José,
San Pedro y san Pablo,

ruega por nosotros.
ruega por nosotros.
rueguen por nosotros.
ruega por nosotros.
ruega por nosotros.
rueguen por nosotros.

San Andrés,	ruega por nosotros.
San Juan,	ruega por nosotros.
Santa María Magdalena,	ruega por nosotros.
San Esteban,	ruega por nosotros.
San Ignacio de Antioquía,	ruega por nosotros.
San Lorenzo,	ruega por nosotros.
San Felipe de Jesús,	ruega por nosotros.
Santos Cristobal Magallanes y compañeros mártires,	rueguen por nosotros.
Santas Perpetua y Felicitas,	ruega por nosotros.
Santa Inés,	ruega por nosotros.
San Gregorio,	ruega por nosotros.
San Agustín,	ruega por nosotros.
San Atanasio,	ruega por nosotros.
San Basilio,	ruega por nosotros.
San Martín,	ruega por nosotros.
San Benito,	ruega por nosotros.
San Francisco y santo Domingo,	rueguen por nosotros.
San Francisco Javier,	ruega por nosotros.
San Juan María Vianney,	ruega por nosotros.
San Rafael Guizar y Valencia,	ruega por nosotros.
San José María de Yermo y Parres,	ruega por nosotros.
Santa Catalina de Siena,	ruega por nosotros.
Santa Teresa de Jesús,	ruega por nosotros.
Santa Teresa del Niño Jesús,	ruega por nosotros.
Santa María de Jesús Sacramentado Venegas,	ruega por nosotros.
Santa María Guadalupe García Zavala,	ruega por nosotros.
San Juan Diego,	ruega por nosotros.
Todos los santos y santas de Dios,	rueguen por nosotros.
San Miguel,	ruega por nosotros.
San Miguel,	ruega por nosotros.
Muéstrate propicio,	líbranos, Señor.
De todo mal,	líbranos, Señor.
De todo pecado,	líbranos, Señor.
De la muerte eterna,	líbranos, Señor.
Por tu encarnación,	líbranos, Señor.
Por tu muerte y resurrección,	líbranos, Señor.
Por el envío del Espíritu Santo,	líbranos, Señor.
Nosotros, que somos pecadores,	te rogamos, óyenos.

Si hay bautismos:

Para que estos elegidos renazcan a la vida nueva
por medio del bautismo, te rogamos, óyenos.

Si no hay bautismos:

Para que santifiques esta fuente bautismal
por la que renacerán tus hijos a la vida nueva, te rogamos, óyenos.

Jesús, Hijo de Dios vivo,	te rogamos, óyenos.
Cristo, óyenos.	Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.	Cristo, escúchanos

Si hay bautismos, el sacerdote dice la siguiente oración con las manos extendidas:

Derrama, Señor, tu infinita bondad
en este sacramento del bautismo
y envía tu santo Espíritu,
para que haga renacer de la fuente bautismal
a estos nuevos hijos tuyos,
que van a ser santificados por tu gracia,
mediante nuestra humilde colaboración en este ministerio.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
R/. Amén.

Bendición del agua bautismal

46. Enseguida el sacerdote bendice el agua bautismal, diciendo la siguiente oración con las manos extendidas:

Dios nuestro,
que con tu poder invisible realizas obras admirables
por medio de los signos sacramentales
y has hecho que tu creatura, el agua, signifique
de muchas maneras la gracia del bautismo;

Dios nuestro,
cuyo Espíritu aleteaba sobre la superficie de las aguas
en los mismos principios del mundo,

para que ya desde entonces
el agua recibiera el poder de dar la vida;

Dios nuestro,
que incluso en las aguas torrenciales del diluvio
prefiguraste el nuevo nacimiento de los hombres,
al hacer que de una manera misteriosa,
un mismo elemento diera fin al pecado y origen a la virtud;

Dios nuestro,
que hiciste pasar a pie, sin mojarse, el mar Rojo
a los hijos de Abraham,
a fin de que el pueblo
liberado de la esclavitud del faraón,
prefigurara al pueblo de los bautizados;

Dios nuestro,
cuyo Hijo, al ser bautizado por el Precursor
en el agua del Jordán,
fue ungido por el Espíritu Santo;
suspendido en la cruz,
quiso que brotaran de su costado sangre y agua;
y después de su resurrección mandó a sus apóstoles:
"Vayan y enseñen a todas las naciones,
bautizándolas en el nombre del Padre,
y del Hijo y del Espíritu Santo":
mira ahora a tu Iglesia en oración
y abre para ella la fuente del bautismo.

Que por la obra del Espíritu Santo
esta agua adquiera la gracia de tu Unigénito,
para que el hombre, creado a tu imagen,
limpio de su antiguo pecado,
por el sacramento del bautismo,
renazca a la vida nueva por el agua y el Espíritu Santo.

Y, metiendo, si lo cree oportuno, el cirio pascual en el agua una o tres veces, prosigue:

Te pedimos, Señor, que por tu Hijo,
descienda sobre el agua de esta fuente
el poder del Espíritu Santo,

y, teniendo el cirio en el agua, prosigue:

para que todos,
sepultados con Cristo en su muerte por el bautismo,
resuciten también con él a la vida nueva.
Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

47. Seguidamente saca el cirio del agua, y el pueblo hace la siguiente aclamación u otra semejante:

Fuentes del Señor, bendigan al Señor,
Alábenlo y glorifiquenlo por los siglos.

48. Concluida la bendición del agua bautismal y dicha la aclamación del pueblo, el sacerdote, de pie, interroga a los adultos y a los papás o padrinos de los niños, para que hagan la renuncia, como está indicada en los respectivos Rituales romanos.

Si no se ha hecho antes la unción de los adultos con el óleo de los catecúmenos en los ritos inmediatamente preparatorios, se hace en este momento.

49. Enseguida, el sacerdote interroga a cada uno de los adultos sobre su fe, y también, si se trata de los niños, pide la triple profesión de fe a todos los papás y padrinos simultáneamente, como se indica en los respectivos Rituales.

Si son muchos los que se bautizan puede ordenarse este rito, de tal manera que, inmediatamente después de la respuesta de los bautizandos, padrinos y papás, el celebrante pida y reciba la renovación de las promesas bautismales de todos los presentes.

50. Terminado el interrogatorio, el sacerdote bautiza a los elegidos adultos y niños.

51. Después del bautismo, el sacerdote unge con el crisma a quienes no han llegado al uso de razón. Y se entrega a todos, sean adultos o niños, la vestidura blanca. Luego, el sacerdote o el diácono recibe el cirio pascual de mano del ministro y se encienden las velas de los neófitos. El rito del “Effetá” se omite para quienes no han llegado al uso de razón.

52. A continuación, si no tuvieron lugar en el presbiterio el baño bautismal y los demás ritos explicativos, se retorna al presbiterio, organizada la procesión como antes, con los neófitos, o padrinos o papás llevando la vela encendida. Durante la procesión se canta el cántico bautismal *Vidi aquam*, u otro canto apropiado (n. 56)

53. Si los bautizados son adultos, el obispo o, en su ausencia, el presbítero que confirió el bautismo, adminístreles inmediatamente el sacramento de la Confirmación en el presbiterio, como se indica en el Pontifical o en el Ritual Romano.

Bendición del agua

54. Si no hay bautismos, ni se bendice la fuente bautismal, el sacerdote prepara a los fieles para la bendición del agua, diciendo:

Pidamos, queridos hermanos, a Dios nuestro Señor,
que se digne bendecir esta agua,
con la cual seremos rociados en memoria de nuestro bautismo,
y que nos renueve interiormente,
para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de una breve oración en silencio, prosigue con las manos extendidas:

Señor, Dios nuestro,
mira con bondad a este pueblo tuyo,
que vela en oración en esta noche santísima,
recordando la obra admirable de nuestra creación
y la obra más admirable todavía, de nuestra redención.
Dígnate bendecir ✠ esta agua,
que tú creaste para dar fertilidad a la tierra,
frescura y limpieza a nuestros cuerpos.

Tú, además, convertiste el agua
en un instrumento de tu misericordia:
por ella liberaste a tu pueblo de la esclavitud
y en el desierto saciaste su sed;
con la imagen del agua viva
los profetas anunciaron la Nueva Alianza
que deseabas establecer con los hombres;
finalmente, santificada por Cristo en el Jordán,

renovaste, mediante el bautismo que nos da la vida nueva, nuestra naturaleza, corrompida por el pecado.

Que esta agua nos recuerde ahora nuestro bautismo y nos haga participar en la alegría de nuestros hermanos, que han sido bautizados en esta Pascua.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

Renovación de las promesas del bautismo

55. Acabado el rito del bautismo (y de la confirmación), o después de la bendición del agua, si no hubo bautismos, todos, de pie y con las velas encendidas en sus manos, renuevan las promesas del bautismo.

El sacerdote dirige a los fieles la siguiente monición u otra semejante:

Hermanos, por medio del bautismo,
hemos sido hechos partícipes del misterio pascual de Cristo;
es decir, por medio del bautismo,
hemos sido sepultados con él en su muerte
para resucitar con él a la vida nueva.
Por eso, culminado nuestro camino cuaresmal,
es muy conveniente que renovemos
las promesas de nuestro bautismo,
con las cuales un día renunciamos a Satanás y a sus obras
y nos comprometimos a servir a Dios,
en la santa Iglesia católica.
Por consiguiente:

Sacerdote:

¿Renuncian ustedes a Satanás?

Todos:

Sí, renuncio.

Sacerdote:

¿Renuncian a todas sus obras?

Todos:

Sí, renuncio.

Sacerdote:

¿Renuncian a todas sus seducciones?

Todos:

Sí, renuncio.

O bien:

Sacerdote:

¿Renuncian ustedes al pecado
para vivir en la libertad de los hijos de Dios?

Todos:

Si, renuncio.

Sacerdote:

¿Renuncian a todas las seducciones del mal,
para que el pecado no los esclavice?

Todos:

Si, renuncio.

Sacerdote:

¿Renuncian a Satanás, padre y autor del pecado?

Todos:

Si, renuncio.

Prosigue el sacerdote:

¿Creen en Dios, Padre todopoderoso,
creador del cielo y de la tierra?

Todos:

Sí, creo.

Sacerdote:

¿Creen en Jesucristo,
su Hijo único, nuestro Señor,

que nació de la Virgen María,
padeció y murió por nosotros,
resucitó y está sentado a la derecha del Padre?

Todos:

Sí, creo.

Sacerdote:

¿Creen en el Espíritu Santo,
en la santa Iglesia católica,
en la comunión de los santos,
en el perdón de los pecados,
en la resurrección de los muertos y en la vida eterna?

Todos:

Sí, creo.

Y el sacerdote concluye:

Que Dios todopoderoso,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos liberó del pecado
y nos ha hecho renacer por el agua y el Espíritu Santo,
nos conserve en su gracia
unidos a Jesucristo nuestro Señor, hasta la vida eterna.

Todos:

Amén.

56. El sacerdote rocía al pueblo con agua bendita, mientras todos cantan la siguiente antífona u otro canto de índole bautismal:

Vi brotar agua
del lado derecho del templo, aleluya.
Vi que en todos aquellos
que recibían el agua,
surgía una vida nueva
y cantaban con gozo: Aleluya, aleluya.

57. Mientras tanto los neófitos son conducidos a su lugar entre los fieles.

Si la bendición del agua bautismal se hizo en el presbiterio, los ministros llevan con dignidad el recipiente del agua al bautisterio.

Si no hubo bendición del agua bautismal, el agua bendita se deja en lugar conveniente.

49. Acabada la aspersion, el sacerdote vuelve a la sede, omitida la profesión de fe, dirige la oración de los fieles, en la que los neófitos participan por primera vez.

Cuarta parte Liturgia eucarística

50. El sacerdote va al altar y comienza la liturgia eucarística, en la forma habitual.

51. Conviene que el pan y el vino sean llevados por los neófitos.

52. *Oración sobre las ofrendas*

Recibe, Señor, las súplicas de tu pueblo,
junto con los dones que te presentamos
para que los misterios de la Pascua
que hemos comenzado a celebrar,
nos obtengan, con tu ayuda,
el remedio para conseguir la vida eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

53. *Prefacio I de Pascua El misterio pascual*

V/. El Señor está con ustedes. R/. Y con tu espíritu.

V/. Levantemos el corazón. R/. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V/. Demos gracias al Señor, nuestro Dios. R/. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
glorificarte siempre, Señor;
pero más que nunca en esta noche
en que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado.

Porque él es el verdadero Cordero
que quitó el pecado del mundo;
muriendo destruyó nuestra muerte,
y resucitando restauró la vida.

Por eso,
con esta efusión de gozo pascual,
el mundo entero se desborda de alegría
y también los coros celestiales,
los ángeles y los arcángeles,
cantan sin cesar el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

Si se usa el Canon romano, se dice Reunidos en comunión y Acepta, Señor propios de la Pascua. Si se usa la plegaria eucarística II, se dice Acuérdate, Señor y la intercesión particular, propios de la Pascua. Si se usa la plegaria eucarística III, se dice Atiende los deseos y la intercesión particular propios de la Pascua.

66. Antífona de comunión (1 Cor 5, 7-8)

Cristo, nuestro Cordero Pascual,
ha sido inmolado. Aleluya.
Celebremos, pues, la Pascua,
con el pan sin levadura, que es de sinceridad y verdad. Aleluya.

67. Oración después de la comunión

Infunde, Señor, el espíritu de tu caridad,
para que, saciados con los sacramentos pascuales,
vivamos siempre unidos en tu amor.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

56. Bendición Solemne

Que Dios todopoderoso,
los bendiga en este día solemnísimos de la Pascua
y, compadecido de ustedes,
los guarde de todo pecado.

R/. Amén.

Que les conceda el premio de la inmortalidad
aquel que los ha redimido para la vida eterna
con la resurrección de su Unigénito.

R/. Amén.

Que ustedes,
que una vez terminados los días de la Pasión,
celebran con gozo la fiesta de la Pascua del Señor,
puedan participar, con su gracia,
del júbilo de la Pascua eterna.

R/. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes
y permanezca para siempre.

R/. Amén.

57. Para despedir al pueblo, el diácono, o el mismo sacerdote, dice:

Nos podemos ir en paz, aleluya, aleluya.

R/. Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

MISA DEL DÍA

Antífona de entrada Sal 138, 18. 5-6

He resucitado y aún estoy contigo, has puesto sobre mí tu mano: tu sabiduría ha sido maravillosa. Aleluya.

O bien: Lc 24, 34; Cf. Ap 1, 6

En verdad ha resucitado el Señor, aleluya. A él la gloria y el poder por toda la eternidad.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Señor Dios, que por medio de tu Unigénito,
vencedor de la muerte,
nos has abierto hoy las puertas de la vida eterna,
concede a quienes celebramos
la solemnidad de la resurrección del Señor
resucitar también en la luz de la vida eterna,
por la acción renovadora de tu Espíritu.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Se dice Credo.

Oración sobre las ofrendas

Llenos de júbilo por el gozo pascual
te ofrecemos, Señor, este sacrificio,
mediante el cual admirablemente
renace y se nutre tu Iglesia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de comunión 1 Cor 5, 7-8

Cristo, nuestro Cordero Pascual,
ha sido inmolado. Aleluya.
Celebremos, pues, la Pascua,
con el pan sin levadura, que es de sinceridad y verdad. Aleluya.

Oración después de la comunión

Dios de bondad, protege personalmente
con amor incansable a tu Iglesia,
para que, renovada por los misterios pascuales,
pueda llegar a la gloria de la resurrección.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Para despedir al pueblo, durante toda la octava, hasta el II Domingo de Pascua se dice:

Pueden ir en paz, aleluya, aleluya.

R/. Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.